PRE MO

EN MEMORIA

DE

EDUARDO ORTIZ DE LANDAZURI Y FERNANDEZ DE HEREDIA

(1910 - 1985)



FACULTAD DE MEDICINA UNIVERSIDAD DE NAVARRA PAMPLONA, 1987





Un día de primavera, el 20 de mayo de 1985, D. Eduardo ya no vio amanecer en la Clínica Universitaria donde tantas horas había trabajado.

El amanacer de ese día fue para él mucho más luminoso. Ese amanecer, cuando D. Eduardo se presentó a dar cuenta al Creador de lo que en sus 74 años de vida había hecho, llevaba un brazado bien grande de buenas obras. Tantos enfermos a los que había atendido con diligencia, con pericia profesional y con un amor que le llevaba a sintonizar con ellos y a hacerles comprender muchas veces el sentido de su enfermedad y de su dolor. Tantos alumnos que aprendieron a su lado la ciencia médica y los valores cristianos que el médico ha de encarnar para ser un profesional completo. Tantos compañeros a los que sin palabras, con su ejemplo, nos ha enseñado a seguir los asuntos hasta el final, a aprovechar el tiempo exprimiendo el día y parte de la noche con un trabajo intenso y bien hecho. Tantos amigos a los que ha ayudado a dar a su vida un sentido más cristiano y a encontrar a Dios en medio de sus ocupaciones. Su amor y cuidado por la familia...

Estoy seguro que Dios, nuestro Padre, viéndole con ese brazado de obras, le dijo: «Bien, siervo bueno y fiel, ya que has sido fiel en lo poco yo te constituiré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor».

Ese día, 20 de mayo, todos los que conocimos a D. Eduardo —y conocerle era quererle— sentimos hondamente la separación. En aquel desfile constante durante el día y la noche ante la capilla ardiente, todos queríamos prolongar la compañía de D. Eduardo con nosotros. Sin embargo, en medio del dolor experimentamos una honda paz, pues estábamos seguros de que gozaba ya de la visión beatífica y aunque no le tuviéramos con nosotros, en casa, en la Clínica, en la Facultad, en la Universidad, no por ello quedábamos privados de su ayuda. Ahora todavía serían mayores y más eficaces sus desvelos por todo lo que durante su vida en la tierra llevó dentro de su corazón.

La Universidad y su Facultad de Medicina desean honrar su memoria con esta publicación, que reúne las intervenciones correspondientes al acto académico que se celebró en su homenaje, en octubre de 1984, con motivo de sus Bodas de Oro con la Medicina, y las del que se celebró un año más tarde en su memoria, en diciembre de 1985.

Luis María Gonzalo Profesor Ordinario de Anatomía

ACTO ACADEMICO EN HOMENAJE AL

EXCMO. SR. D. EDUARDO ORTIZ DE LANDAZURI Y FERNANDEZ DE HEREDIA

PROFESOR ORDINARIO DE MEDICINA INTERNA

PAMPLONA, 13 OCTUBRE 1984

UNIVERSIDAD DE NAVARRA BIBLIOTECA DE HUMANIDADES ACTO ACADEMICO EN HOMENAJE AL

EXCMO SR. D. EDUARDO ORTIZ DE LANDAZURI Y
FERNANDEZ DE HEREDIA

PROFESOR ORDINARIO DE MEDICINA INTERNA

RAMPLONA, IS OCILIERE 1954

Carta del Excmo. y Revmo. Mons Alvaro del Portillo y Diez de Sollano, Gran Canciller de la Universidad de Navarra.

Excmo. Sr.
D. Eduardo Ortiz de Landázuri
PAMPLONA

Roma, 3 de octubre de 1984

Queridísimo Eduardo:

me han comunicado que el próximo día 13 se celebrará un acto académico en la Universidad de Navarra, con la participación de colegas tuyos de otras universidades, en el que desean ofrecerte un homenaje y recordar con agradecimiento tu trabajo desde aquellos lejanos años cincuenta en que llegaste a Pamplona.

Por el clima de afecto que reinará y por los estrechos lazos de colaboración y de amistad que os unen, estoy seguro de que el proyectado y justísimo acto académico en tu honor será, además, una gran fiesta para esa familia universitaria, que no conoce fronteras. Allí brillarán el sentido sobrenatural, la alegría y el buen humor que han presidido y caracterizado siempre tu vida y tu tarea, con las que has dado un esforzado y continuo impulso a todo el quehacer de la Universidad de Navarra.

Celebras ahora tus Bodas de Oro con la Medicina, y han transcurrido casi 30 años desde que, con mucho espíritu de sacrificio y no menor ilusión, comenzaste a trabajar en Pamplona. Has visto surgir y crecer paulatinamente Facultades, Institutos, investigaciones...; has convivido con ininterrumpidas promociones de alumnos, que ahora ejercen su labor profesional sirviendo a la sociedad con la ciencia y con el espíritu que supisteis inculcarles. Durante este tiempo, has compartido afanes —gozos y dificultades, inquietudes y sacrificios— con tantos y tantos compañeros de claustro, buena parte de los cuales se encontrarán contigo en este homenaje, para manifestarte su afecto con su presencia y con sus palabras.

También yo deseo unirme de todo corazón a ese fausto encuentro de la Universidad. Como Gran Canciller te agradezco muy de veras tu dedicación a la tarea universitaria, que nada ha hecho desfallecer, a lo largo de estos años, y el trabajo que ahora desarrollas, sonriendo siempre, en la Asociación de Amigos. Sé que estás bien convencido de que vale la pena llevar adelante esta Universidad de Navarra, que tanto hace en servicio de Navarra, de España y de numerosas naciones, y que con vuestro ejemplo ayuda a miles de hombres y de mujeres a encontrar a Dios en medio de su quehacer profesional.

Y me uno además con toda el alma a esa fiesta en nombre de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, nuestro amadísimo Fundador y nuestro primer Gran Can-

ciller. Desde el Cielo os agradece, a ti y a los que contigo han colaborado en hacer posible la Universidad, vuestro empeño diario sostenido por el amor a Dios Nuestro Señor, que crece cada día más en vuestro corazón; y os consigue de las manos de la Santísima Virgen las gracias que necesitáis para seguir sirviendo con vuestra tarea universitaria y académica.

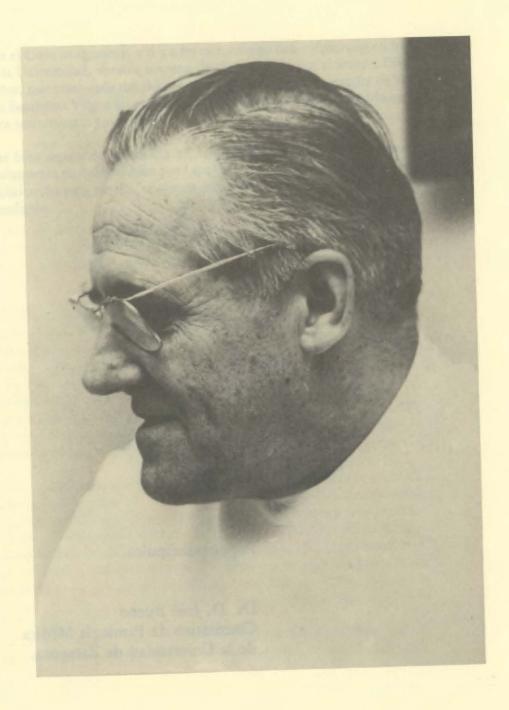
Puedes estar bien seguro de que el día 13, celebración de San Eduardo, rezaré muy particularmente en la Santa Misa por Laurita, por ti y por vuestros hijos. Con mi mejor felicitación para ese día, te abraza con afecto y os envía a todos la más cariñosa bendición.

Vuestro in Domino Alvaro

Por sus discípulos,

Dr. D. José Bueno Catedrático de Patología Médica de la Universidad de Zaragoza.

10



Como discípulo me he preguntado muchas veces qué significó D. Eduardo para mí. Mi peripecia personal —en la que él ha sido fundamental— no interesa ahora y aquí, sino, más bien, lo que ha representado en conjunto para los que tuvimos el honor de ser sus discípulos. ¿Qué nos enseñó D. Eduardo?, ¿cómo nos lo enseñó?, son las preguntas que, muy brevemente, quisiera responder.

Nos transmitió D. Eduardo aptitudes y actitudes, esto es, contenidos, modos de hacer y de pensar, y también modos de sentir, no sólo en cuanto a la Medicina, sino en cuanto a la vida en general.

En el campo de los contenidos aptitudinales nos transmitió modos de hacer la clínica, la enseñanza y de enfocar la investigación.

¿Cómo era la «Clínica» de D. Eduardo? Profundo estudioso y conocedor teórico de la Patología, sagaz observador de mínimos detalles de historia y exploración, D. Eduardo enfocaba el problema diagnóstico y la actitud terapéutica con sorprendente simplicidad y rapidez, por caminos que sus ayudantes ni siquiera habíamos atisbado. Cuando se trataba de un problema especialmente confuso o complejo, siempre hallaba el camino para su ulterior investigación, sabiendo renunciar a menudo —¡gran lección de humildad!— a un protagonismo legítimo y ceder el timón al colega que estimase más idóneo. A su consulta acudían muchos enfermos de los mal llamados «funcionales», peregrinos desazonados de mil otras consultas. Eran enfermos atenazados por la angustia, la depresión o la simple dificultad de vivir. Nunca le oí, en estos casos, la desesperanzada y tristemente frecuente frase «usted no tiene nada». Precisaban de tiempo, entrega total, investigación minuciosa de posibles enfermedades orgánicas... y luego explicación curativa y caritativa de su enfermedad. Recuerdo muchísimos casos vividos junto a él...

Interés por el enfermo.

A D. Eduardo, en la Clínica, le interesaba —le interesa— el enfermo. Pero también el enfermo como objeto de interpretación fisiopatológica científica. Conjugación, pues, de una postura «práctica» —que es diagnóstico clínico y tratamiento— y otra «teórica», que es investigación rigurosa ante cada caso, con uso de técnicas básicas y apetencia de alcanzar una interpretación general de la

enfermedad. En este sentido D. Eduardo es —y así nos lo ha trasmitido a sus discípulos— un genuino representante de la Medicina Interna, quien busca no sólo la elucidación del hecho aislado, sino también la comprensión «totalizadora» del enfermo. Junto a esta visión «totalizadora» de esta «Gesamtheit» que es la persona enferma, D. Eduardo ha sido también un profundo creyente y animador sincero de las Especialidades. Buena prueba de ello es el florecimiento de las mismas en la Clínica Universitaria. No se planteó, y ello lo pudo conseguir en el magnífico medio de cultivo de la Clínica de la Universidad de Navarra, la bien conocida dilemática y antagonista relación entre Medicina Interna y Especialidades. Consiguió, en efecto, una relación armónica donde no había protagonistas ni antagonistas, vencedores ni vencidos, sino un perfecto sinergismo en favor del enfermo.

D. Eduardo se planteaba, nos planteaba, los problemas de investigación a partir de la clínica. El ha sido y es, fundamentalmente, un clínico con enorme amor a la ciencia; a ésta va desde aquélla, desde el enfermo, para después, en movimiento inverso, volver a «su» paciente. Nos enseño, aunque no en desacuerdo con Cl. Bernard, «que también la Clínica es santuario de la Ciencia». Ese es, justo, el sentido de sus líneas de investigación principales, entre las que destacan, por no citar sino alguna de las más señeras, sus pioneras aportaciones a la epidemiología y génesis del bocio endémico en Granada, o las que conciernen al estudio, cuantificación y cualificación fisiopatólogica de la nefrona intacta en la insuficiencia renal crónica, con concepciones que, dentro de la línea de Sir Robert Platt, incluso se adelantan a los trabajos de Bricker y Bernstein.

Su docencia ha sido directa, de gran impacto. A mí me recordaba la escena evangélica del joven que aspira a mejorar: «déjalo todo y sigueme...» El maestro que exige sin reservas, que «enseña a pescar, en vez de dar el pez», como dice el proverbio chino. Y, lógicamente, el maestro que «enseña a enseñar», el maestro que «hace escuela...».

Pues, ¿qué es una escuela? Me atrevería a decir que es, simple —y complejamente— «un núcleo de ilusión» que cristaliza alrededor de una pieza básica, el maestro. Un núcleo donde, en el caso de la Medicina Clínica, se aprende y se enseña a diagnosticar y a tratar al enfermo, a hacer investigación clínica y, en definitiva, a hacer «Universidad». D. Eduardo lo consiguió, sí, allí donde estuvo. En Granada, antes, en Pamplona, después, en nuestro viejo Pabellón F, en la consulta de la Clínica Universitaria, a la cabecera del enfermo o en sus magistrales lecciones en el aula. Todo ello, además, para completar su proyección en la formación humana del discípulo, matizado por su permanente ejemplo de amor hacia el enfermo y de esfuerzo inmenso hacia el alumno y la Medicina.

Maestro en actitudes.

Pero D. Eduardo ha sido también maestro en «actitudes», que es, indudablemente, lo más importante, lo que no se aprende en ningún libro sino, como he escrito, a través de la voz y el gesto vivos del maestro. Algunos rasgos: humanidad compasiva que siempre contempla con dolor el dolor de ese «hermano que sufre», el enfermo; entrega apasionada a la misión de cada día, de cada momento, fuese ver un enfermo, pronunciar una lección o plantear un trabajo científico; sentido de la perfección («lo que hagas, hazlo bien», «sólo tu labor bien hecha te será juzgada»); exigencia exhaustiva y sin reservas en aquella entrega, y limpidez absoluta en las profundas razones del íntimo compromiso que se halla en la base de todas esas actitudes. Por todo esto, D. Eduardo vio siempre con tristeza —y fustigó si era necesario— la pereza, la ramplonería, la tibieza, la misma tristeza... defectos tan opuestos a aquellas «actitudes» vitales.

Y ahora, mi segunda pregunta. ¿Cómo hizo lo que hizo? Implícito queda ya en lo antes comentado. Esa entrega apasionada, esa enorme tenacidad, esa desbordante capacidad de trabajo, obedecen a una motivación profunda: El amor a la Medicina y la adhesión inquebrantable a unos fines de orden superior... Para «crear hay que creer» decía muchas veces... y él creyó.

Alguien ha dividido alguna vez a los humanos en dos tipos, atendiendo a su modo de vivir en el mundo: los que tienen y los que no tienen «ideología», «Weltanschauung», como base, como motor de la vida. Estos últimos —como barca a la deriva— discurren movidos por los vientos cambiantes... se dejan llevar y para nada influyen en el mundo en derredor. Los primeros —dotados de motor y timón— impulsan, por su leal y libre sumisión a un ideal, su propio destino... y, por supuesto, el de sus contemporáneos... D. Eduardo ha sido y sigue siendo maestro y persona con «ideal» que ha movido poderosísimamente su vida e im-

pulsado los acontecimientos de su entorno... Por eso, sus logros han sido de enorme trascendencia social y universitaria.

Es, verdaderamente, mucho, muchísimo, lo que pudimos aprender de nuestro maestro. Como he escrito en otro lugar, para nosotros, para los que tuvimos la fortuna de ser sus discípulos, D. Eduardo fue nuestra «gran oportunidad» de aprender a ser médicos, a ser científicos y maestros, y, sobre todo, como dice el poema de Kipling, a ser «hombres»...

Ahora, cuando celebramos el XXV aniversario de su llegada a Pamplona, tenemos que felicitarnos de haber vivido a su lado... Querido D. Eduardo, mil gracias, mil, por su entrega a nosotros, por su ejemplo, por su impagable ayuda... Sólo con una lealtad sin reservas, aunque a veces por la distancia sea silenciosa, sólo proclamando con orgullo nuestra filiación, ahora y siempre, podemos hacernos merecedores —a posteriori— del honor de haber pertenecido a su escuela.

Por sus colaboradores,

Dr. D. Jesús Prieto Profesor Ordinario de Patología General, Director del Departamento de Medicina Interna de la Universidad de Navarra.

Yo tuve la gran suerte de formarme como médico y universitario en Valladolid en la escuela de D. Ramón Velasco y D. Sisinio de Castro y llegué a esta Universidad de Navarra siendo ya Profesor de Patología General. En la andadura universitaria había recorrido ya un considerable camino pero, no obstante, mi trabajo codo con codo junto a D. Eduardo durante más de 5 años ha sido un factor, un factor que tanto agradezco a Dios, de influencia decisiva en mi vida humana y profesional.

Trabajar con D. Eduardo es un continuo aprendizaje. Con él los colaboradores se hacen discípulos y esto es así porque para todos nosotros, los colaboradores y colegas del Departamento de Medicina Interna de la Clínica y de la Facultad, D. Eduardo es un modelo imponente de médico, de universitario y de hombre. A mí me gustaría, brevísimamente, considerar estas tres facetas.

Un médico humano

Con gran verdad dice el Prof. Gonzalo Herranz que la Medicina es la Ciencia más humana. Y lo es porque en esencia su contenido genuino es la caridad, una caridad que se practica con los medios adecuados de la ciencia y de la técnica. Sin caridad la Medicina se haría inhumana, del mismo modo que sin ciencia se haría peligrosa.

Ciencia y caridad no nacen, se hacen. Son objetivos arduos que exigen esfuerzo, sacrificio y gran dedicación. Y esta capacidad de trabajo y sacrificio es una nota sobresaliente en D. Eduardo, de la que todos hemos aprendido tanto. No pueden quedar en el olvido sus visitas a enfermos hasta altas horas de la madrugada y su presencia de nuevo en la Clínica antes de salir el sol, sin conocer el descanso, sin reservarse festivos. Y al salir de la Clínica, ya entrada la noche, las horas de estudio, de los casos clínicos, de las clases... Su vida de médico ha tenido una característica permanente: el trabajo constante, el sacrificio personal hasta el agotamiento, hasta llegar a dormirse con el fonendoscopio en los oídos auscultando a los enfermos. Alguna vez me dijo: «dicen que me gusta trabajar, que disfruto haciendo esto, pero a mí también me gustaría como a los demás, salir a pasear, ir de excursión, pero he de estar aquí». Y así es D. Eduardo: un hombre con entera disponibilidad. A diferencia de los comercios, D. Eduardo no tiene, nunca ha tenido, horas de cierre.

Con la misma fuerza, con la misma pasión con que vivió la Medicina, D. Eduardo amó y ama la Universidad. Y ¿cuál es, podemos preguntarnos, la característica esencial de la vida y vocación universitaria de D. Eduardo? Yo diría que es la generosidad. D. Eduardo entendió el quehacer universitario como un servicio generoso. Y si hacemos una pequeña reflexión, podemos percatarnos de que sólo ese abrirse a los demás, sólo el darse a los demás, hace posible ser maestro. Porque ser maestro tiene algo de paternidad y, como los padres, un maestro vaciándose de sí mismo, nutre, impulsa y alienta a los discípulos. Por su gran generosidad D. Eduardo ha sido y sigue siendo un gran maestro. Y por su gran generosidad es querido y respetado como se quiere y respeta a los padres. Y como consecuencia de su generosidad amó profundamente la libertad de los demás. Cuando llegué a esta Universidad me sentí atraído por la personalidad de D. Eduardo. Ya desde los primeros días de mi estancia aquí me gustaba acudir a él para recibir consejos. Veía en él ese tipo de sabiduría de la vida que sólo se da en las almas generosas y recuerdo vivamente un consejo que un día me dio. Me dijo: «mira, Jesús, tú respeta mucho la libertad de los que trabajen contigo, procura siempre que tus colaboradores desarrollen sin trabas su personalidad científica y humana, respeta sus iniciativas en la investigación, desea que cada uno pueda rendir al máximo, con libertad, todos los talentos que Dios le dio».

Como maestro universitario, D. Eduardo hizo como las madres de los aguiluchos. Ponía a sus colaboradores en lo alto de las rocas y les animaba a volar en su actividad científica lo más alto, lo más lejano que pudieran. Nunca cortó a nadie las alas, y así muchos de sus discípulos volaron, volaron alto y lejos, y poblaron otros riscos, otras Universidades. Y D. Eduardo solo de nuevo, con la soledad generosa de un buen maestro, volvía a empezar, volvía a renovar como las águilas su juventud con las nuevas generaciones que llegaban.

Su amor a la Universidad

D. Eduardo nunca perdió la perspectiva universitaria en todas sus actividades y ocupaciones. Inmerso en la Clínica, su cabeza y corazón estaban en la Universidad. Para todas sus iniciativas y problemas su punto de referencia era el Decano. A quien había que consultar, a quien había que pedir parecer, era al Decano de la Facultad. Siempre se empeñó en hacer de la Clínica Universitaria una clínica de verdad universitaria, en donde destacase en primer término el aire y el estilo

de la Universidad. Y tanto fue su amor a la Universidad que su afán no se limitaba a su Cátedra o a su Departamento. Así, como Vicepresidente primero y luego como Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad viajaba por pueblos y ciudades miles y miles de kilómetros, aprovechando domingos y fines de semana, para extender la mano pidiendo ayuda económica para esta Universidad de Navarra que es para él la pasión dominante de su vida. Nunca quiso nada para él, hasta el punto que para ahorrar dinero viajaba en vagones de tercera y fue una batalla el convencerle para que tomase billetes de primera o cama e hiciera las travesías con más comodidad.

Y si fue la generosidad la entretela de su sentir universitario, en lo humano, como hombre, hubo una virtud en la que veo el carácter más definitorio de su personalidad. D. Eduardo fue leal a su maestro, a D. Carlos Jiménez Díaz, de quien tanto nos hablaba, a quien tantas veces se refería, cuyas indicaciones siguió en momentos de grandes decisiones, y fue leal, sobre todo, a quien fue el gran cincelador de su vida humana y espiritual, Monseñor Escrivá de Balaguer, el Fundador del Opus Dei y de esta Universidad. D. Eduardo fue su médico personal y recibió de él muy directamente el sentir de lo que el Fundador quería para esta Universidad: un espíritu de servicio y una dedicación a la formación enteriza de la persona humana. Y desde su llegada a esta Universidad D. Eduardo empeñó todas sus fuerzas en la realización de esta tarea. Y D. Eduardo fue leal a sus discípulos, a sus pacientes, a sus amigos, y le gustaba instar a la lealtad a todos los que con él trabajaban. Fue en esto, como segoviano de nacimiento, uno de esos hombres que da la sobria Castilla, hombres recios, inconmovibles, como las piedras sólidas y centenarias de sus castillos. Podría repetir como Santa Teresa: aunque me canse, aunque no pueda, aunque reviente, aunque me muera. Sin vacilación en su deber, sin volver la vista atrás.

Tragos difíciles en la vida tuvo que superar D. Eduardo, pero, justo es decirlo, tuvo también facilidades. La facilidad para la vida esforzada de un marido está en una mujer magnánima y comprensiva, como ha sido Laurita, su esposa. Y por ello, al hacer hoy un homenaje agradecido a D. Eduardo no es menor el homenaje que a ella debemos dedicarle.

D. Eduardo, yo no sé si he sintetizado bien la lección, como un alumno que toma apuntes. Pero yo he entendido así ese magisterio suyo, que ya queda imperece-

dero, inmarchitable, como un buen aroma en las aulas de esta Facultad, en los pasillos de toda esta Universidad. Vd. aquí ha sido de los primeros y es una parte de los cimientos de la Universidad de Navarra. Y para ser cimiento Vd. quiso esconderse en lo profundo, como los cimientos, renunciando al esplendor brillante que gozaba en Granada en aquellos años en que llegó a ser Vicerrector. Pero ahora nosotros nos sentimos seguros porque los cimientos son fuertes. La Universidad, la Clínica, pueden pasar por momentos duros, pueden encontar dificultades, pero esta lección de su vida es un buen equipaje para hacer el camino. Los medios apropiados para realizar cosas que valen la pena no son medios materiales, son convicciones profundas en el alma y en el corazón de los hombres. Se hace camino al andar y Vd., con su caminar, nos ha mostrado el camino certero. Muchas gracias.

Por la Fundación «Jiménez Díaz»,

Dr. D. Mariano Jiménez Profesor de Patología Médica Director de la Fundación «Jiménez Díaz».

Es para mí un gran honor y una íntima satisfacción el haber sido invitado a participar en este más que merecido homenaje a Don Eduardo y hacerlo como ocasional representante de una Escuela, la del Prof. Jiménez Díaz a la que él pertenece, desde mi actual puesto de Director de la Fundación Jiménez Díaz.

Nuestra relación con la Universidad de Navarra, a través de ese cálido puente que ha tendido entre nosotros Don Eduardo, ha sido siempre abierta, fructífera y entrañable y el que hoy nos podamos sumar, viniendo de fuera, a un acto tan propio, tan íntimo de esta Universidad, refuerza la difícil responsabilidad de hablar de Don Eduardo, sólo vencida por muchos años de afecto y de admiración por su labor en pro de la Ciencia Médica y la Universidad españolas.

Cuando yo entré en ese maravilloso mundo de la Medicina de la mano de Don Carlos, siendo aún estudiante, existían a su alrededor una serie de figuras que yo veía como en un pedestal, como ejemplo a seguir, no solamente por su saber y conocimientos médicos, sino, sobre todo, por su humanidad, por su entrega generosa a una obra. Una obra cuyos nobles fines era superar un ambiente poco propicio al progreso; llevar la investigación española con rigor al concierto mundial, tras el único e individual ejemplo de Cajal, y trasformar una enseñanza rutinaria de «papilla científica» en algo vivo y estimulante de búsqueda de nuevas verdades. Ya por entonces Don Eduardo había ganado su Cátedra de Granada y allí estaba haciendo una inmensa labor sobre estas bases renovadoras. Yo le conocí a través del cariño del propio Don Carlos y todos sus compañeros y le veía en cada viaje a Madrid en los que siempre recalaba en aquel café de La Paz que Don Carlos había montado en su casa, con terciopelos rojos, mesas de mármol, artesonado del antiguo Café de Pombo y carteles de toreros antiguos. Y le veía siempre aportando ilusión, comentando los trabajos y los discípulos, recogiendo el ambiente y el consejo del maestro. Todo ello con ímpetu, con un desbordamiento de energías y apasionadas intenciones de seguir el camino iniciado junto a él.

La Fundación Jiménez Díaz y la Universidad de Navarra

Todas estas virtudes, aumentadas al máximo por motivaciones superiores, con el imparable impulso de la fe, se volcaron poco después en esta Universidad de Navarra, a la que ya ha dedicado toda su vida enfervorizada. Dejó, sin mirar

hacia atrás, una labor renovadora en Granada y cualquier otro tipo de interés y fue sentando las bases de transformar en realidad aquellos sueños juveniles de modernidad, de enseñanza científica y humana, de avance en técnicas y en ideas originales de progreso de la Ciencia y fue sembrando discípulos dignos de tal maestro, como los que acabamos de oír aquí.

Quiero pensar que nuestras dos Instituciones, hoy enfrentadas a graves problemas e incomprensiones, han sido claves en un panorama médico nacional que, con todos sus defectos y dificultades, ha dado pasos gigantescos desde aquellas viejas, y queridas en el recuerdo, Salas de San Carlos, en las que él y todavía yo iniciamos nuestra andadura. Tengo absoluta fe en que todas las tormentas serán superadas porque hay algo indestructible en ellas, que es la intención para las que fueron creadas.

En su última reunión, el Patronato Rector de la Fundación, a petición mía, acordó conceder al Prof. Ortiz de Landázuri su Emblema de Honor, distinción sólo entregada en dos ocasiones anteriores, que no tiene más valor que el simbólico de reconocimiento a una vida iniciada con nosotros y desarrollada al máximo en esta Universidad de la que Don Eduardo es un basamento clave.

Quedarían muchos recuerdos junto a Don Carlos por desgranar, muchos y profundos sentimientos que expresar, pero pienso que él y yo somos muy sensibles a airear unas vivencias que preferimos acariciar intimamente; por ello quiero, ya sólo, trasmitírselas con esta insignia y con un fuerte abrazo.

> Discurso del Excmo. Sr. D. Alfonso Nieto Rector Magnífico de la Universidad de Navarra.

Entre los honores que acompañan al cargo de Rector, pocos superan al privilegio de pronunciar las palabras finales cuando la Corporación académica se reúne en homenaje a uno de sus Claustrales. En esta ocasión, el honor adquiere singular relieve, pues el destinatario de la gratitud es el Prof. Eduardo Ortiz de Landázuri.

Debo comenzar declarando mi incapacidad para hallar palabras que reflejen el agradecimiento y admiración de la Universidad de Navarra hacia su persona. Quienes conocéis a D. Eduardo, bien comprenderéis que la voz resulte pobre al pretender ofrecerle adecuado testimonio de agradecimiento. Pero si el lenguaje queda corto, abundan los mejores sentimientos de afecto.

A quien nunca busca el aplauso, le es violento escuchar públicos elogios. Por eso os invito a hacer un esfuerzo de abstracción y, casi olvidado que el Profesor nos escucha, cavilar sobre algunas virtudes del buen trabajador. Digo trabajador porque no encuentro otra palabra con mayor nobleza para calificar la vida de quien sabe convertir su profesión en permanente servicio a las personas. Si para trabajar hemos sido creados los humanos, de cómo trabajemos dependerá la plenitud de nuestras vidas. Hoy tenemos como anfitrión —pues nos convida y regala con su ejemplo— a un hombre que ha trabajado, trabaja y, con la ayuda de Dios, seguirá trabajando, mucho y bien.

D. Eduardo y el verbo servir

Quien trabaja con humildad, sobrevuela el elogio, toma como muestra de afecto lo que en justicia merece, llama deber a la generosidad, siembra afanes de servicio sin pedir nada a cambio. Con su vida trastoca las actitudes interesadas o egoístas, produce cierto escándalo cuando demanda ayudas generosas y, siempre, estimula el comportamiento solidario.

Entre las tentaciones que acechan al Profesor universitario hay una con singular fuerza y atractivo. Me refiero a la sutil y solapada tentación de fijar como meta codiciada el logro del éxito personal, dando valor al trabajo en razón de acumulación de aplausos y pensando que sólo es bueno cuanto esté rodeado de notoriedad.

Al ponderar los años de trabajo que el Prof. Eduardo Ortiz de Landázuri ofrenda a la Universidad española, el ánimo se abre a más amplios horizontes, y aquella

meta resulta estrecha y mezquina. Su prestigio, unánimente reconocido, supera cualquier búsqueda de provecho propio, y elude con elegancia de espíritu hasta la menor sombra de protagonismo. Como Profesor Ordinario, Decano, Vicerrector, sillar de la Clínica Universitaria, y actualmente, además, desde la Presidencia de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, D. Eduardo enraiza su vida en el verbo servir, conjugado en primera persona del singular. Como buen maestro de la Medicina, abre su mirada al enfermo para, después, avizorar la enfermedad. Por eso, cuando el dolor llama a su puerta, lo recibe como a un viejo conocido que eleva el espíritu hacia la paz con serena alegría y permanente buen humor.

Al comienzo os decía que era para el Rector un singular privilegio pronunciar las últimas palabras en este acto. Debo rectificar aquella afirmación, porque ese honor, por especial muestra de afecto, quiere ejercerlo nuestra más alta autoridad académica: el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Excmo. y Revmo. Mons. Alvaro del Portillo y Diez de Sollano, quien ha escrito una carta para ser leída en este momento preciso. (Véase pag. 11)

Palabras del Prof. Ortiz de Landázuri.



Homenaje a D. Eduardo. 13 octubre 1984.

Cuando inició sus palabras, el Profesor Eduardo Ortiz de Landázuri, con un gesto de sencillez, dejó sobre la mesa los folios del discurso que había preparado, y permitió que hablase espontáneamente el corazón. Dijo así:

Excmo. Sr. Rector Magnífico, Alteza Real, Claustro Universitario, Autoridades, queridas Autoridades, ¡muy queridas Autoridades! Si yo dijese lo que ahora pienso, posiblemente creerían que me he vuelto loco, pero no voy a leer nada, porque quisiera ser breve. Si yo leo ahora todo esto, salimos todos con dolor de cabeza, y yo quisiera que saliéramos tranquilos.

Cuando pienso lo que ha supuesto para mí esta mañana... yo lo agradezco muchísimo, muchísimo, pero claro, me han dicho una cantidad de piropos, que, sinceramente, para estar tranquilo, no es que no me lo haya creído, me los he creído, pero no me he aprovechado de ellos.

No sé lo que Dios me dará de vida, probablemente ya no será mucho; no sé, lo que Dios quiera, pero lo que sí puedo decir, es que me gustaría que al final me pusieran: éste fue un universitario. Es la solución, lo que yo quisiera transmitiros, sobre todo para los jóvenes: dar vuestra vida por la enseñanza, dar vuestra vida por la Universidad, por lo que supone una Universidad, y a quienes tenéis la responsabilidad del gobierno, lo único que os diría es que nada engrandece tanto a un país como la enseñanza de sus jóvenes universitarios. Esta Universidad ha sido para mí algo que no puedo transmitiros porque sería incluso innecesario y, además, porque no quiero quitaros mucho tiempo, y en explicarlo tardaría mucho. Lo tengo aquí escrito, pero no lo voy a leer. Ahora, cuando a mis 74 años veo el pasado, me doy cuenta de que lo único que he hecho ha sido amar a la Universidad, a esta Universidad, y a ¡todas!, porque para mí toda la Universidad es igualmente querida. Cierto es que en cada Universidad viví cosas diferentes. Luego, mi amor a la Universidad culminó cuando recorrí los países americanos y conocí sus famosas Universidades: la Antigua y la de San Marcos, y tantas otras que fueron las primeras Universidades del Nuevo Mundo que llevó España, no diré en su colonización, sino en su evangelización. Porque eso fue lo que hizo España en América, eso fue lo que llevó.

Tres Universidades

El tiempo ha pasado, las circunstancias han cambiado también. Pero en mi re-

cuerdo están siempre vivas las tres Universidades en las que he servido. La Universidad de Madrid, donde conocí a mi maestro el Prof. Jiménez Díaz, la Universidad de Granada, fundada por nuestro emperador, y cuando ya estaba allí, trabajando muy a gusto, el entonces Decano Juan Jiménez Vargas, me pidió que viniera a Pamplona, trayendo el espíritu que había adquirido de D. Carlos Jiménez Díaz. Y así, la Universidad de Navarra fue el tercer paso por la vida universitaria. En cada una de ellas aprendí cosas distintas, pero tanto la Complutense, como la granadina, como ésta actual de Navarra las llevo muy dentro de mi corazón, y ese cariño que he tenido a la Universidad, lo he transmitido a los discípulos, a los que he querido entrañablemente. De todo esto se podrían decir muchas cosas, pero yo no puedo dejar pasar la hoja sin decir dos palabras del Fundador de esta Universidad: de Monseñor Escrivá de Balaguer. De cuando fui una vez a saludarle -era la primera que le saludaba- os diré una intimidad, aunque ante ¡tanta gente! no parece propio contar cosas íntimas; pero ésta sí la voy a contar. No creáis que me preguntó a qué venía. Si venía a hacer esto o aquello o una Universidad, me dijo algo que nunca he olvidado, me dijo sencillamente: Mira, has venido a ser santo. Si lo consigues, esto has adelantado, si no lo consigues habrás perdido el tiempo. Entonces se levantó, y dirigiéndose a las personas que estaban a su alrededor les dijo: que cada uno en su sitio cumpla con su deber y que su esfuerzo le sirva para santificarse. Esto es todo lo que yo os puedo decir mis queridos amigos, porque sería muy largo de contar, muy largo.

Para terminar diré sólo dos palabras de la Clínica Universitaria. La vimos hacer poco a poco. Fueron numerosas las razones y las circunstancias, pero no vamos a entrar en sus detalles. Primero estuvo de Director Manuel Evangelista, y después ha estado hasta hace muy pocos días, que sigue de Director pero con otra orientación en cierto modo diferente, el Dr. Cañadell. Con ellos, con mis colaboradores, con tanta gente a mi alrededor que ya hasta casi la emoción me ciega, íbamos escribiendo diariamente la historia de la Clínica Universitaria; entonces el Rector era D. Francisco Ponz, y a él le mandábamos las referencias de lo que íbamos haciendo. Si él no nos decía nada, es que todo marchaba bien, y si nos hacía alguna consideración o nos indicaba algo... pues veíamos lo que teníamos que corregir o dónde estaba nuestro defecto. Todos los días lo escribíamos; y aprovechando este momento quiero citar a la que me ayudó diariamente, a María Dolores Barrios. Quiero citarla porque me parece que sería un acto de enorme injusticia no citar a los que tanto me han ayudado. Fuimos haciendo poco a poco injusticia no citar a los que tanto me han ayudado. Fuimos haciendo poco a poco

la Clínica Universitaria. La idea inicial era que la Clínica Universitaria fuese el propio Hospital de Navarra. Eso no pudo ser. La propia Excma. Diputación, D. Miguel Gortari, me dijo claramente que eso no podía ser. Y tuvimos que empezar de la nada, poco a poco, la Clínica Universitaria. Esa Clínica Universitaria tiene su historia, que está escrita y algún día quizás se publique.

Emocionante, como todo lo que ha sucedido en esta Universidad de Navarra. Y nada más mis queridos amigos. Os agradezco muchísimo la atención que habéis tenido. Empiezo por agradecérselo de una manera especial a nuestro Rector, a las Altezas Reales que han tenido la gentileza de acompañarnos en este día, gentileza que nunca podremos olvidar en esta Universidad, de honrarnos con su asistencia a este acto. La relación de Doña Margarita con la Clínica Universitaria tiene su historia entrañable, es una pequeña pero importantísima flor del hacer de esta Universidad. Porque eso es lo que hace grande a las Universidades: el estudio, el trabajo, lo que acabamos de oír de nuestros antiguos y queridos discípulos; pero, sobre todo, por encima de todo, una Universidad tiene que irradiar amor, ha de querer a toda la gente que esté a su alrededor, y tiene que querer a los estudiantes. Si una Universidad no tiene este sello, le falta lo más importante.

Y nada más, mis queridos amigos.

ACTO ACADEMICO EN MEMORIA DEL

EXCMO. SR. D. EDUARDO ORTIZ DE LANDAZURI Y FERNANDEZ DE HEREDIA

PAMPLONA, 13 DICIEMBRE 1985

El 13 de Diciembre de 1985 se reunió el Claustro de la Universidad de Navarra, presidido por el Rector Magnífico, y una nutrida representación de la Asociación de Amigos de la Universidad, para rendir homenaje al Prof. Eduardo Ortiz de Landázuri y Fernández de Heredia. Fue un acto solemne, cordial y entrañable, en el que ocupó un lugar preferente Dña. Laura Busca, viuda de D. Eduardo, acompañada de sus hijos y de su hermana María Socorro.

Con este acto académico se quería honrar la memoria de quien dio vida a la Facultad de Medicina y a la Clínica Universitaria, cuyo desarrollo siguió vigilantemente.

El acto se desarrolló en el Aula Magna de la Universidad, en donde Don Jesús Vázquez, Decano de la Facultad de Medicina, hizo una semblanza del Prof. Ortiz de Landázuri como Médico; Don Francisco Ponz, Vicerrector de la Universidad, resaltó las cualidades de Don Eduardo como Universitario; Don Fernando Reinoso, Catedrático de Anatomía de la Universidad Autónoma de Madrid, y antiguo Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, destacó las excepcionales cualidades de Don Eduardo para la amistad. Cerró el acto el Excmo. Sr. Rector Magnífico quien hizo entrega a Dña. Laura de la Medalla de Oro de la Universidad, que el Gran Canciller concedió a título póstumo al Profesor Ortiz de Landázuri.

13 de Dominio de la licentidad y una quenda representación de la Asociación plan el Acesto de Marcellon y una control representación de la Asociación de Acesto de Ace

«El médico»

Dr. D. Jesús Vázquez Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra.



Visita a los enfermos. Año 1959

Nos reunimos en este Claustro Extraordinario para rendir un testimonio de homenaje al Profesor Eduardo Ortiz de Landázuri que el 20 de mayo murió en la Clínica Universitaria, después de una enfermedad neoplásica que padeció durante dos años. Pocos días después del fallecimiento, la Facultad de Medicina adoptó el acuerdo de celebrar este acto «in memoriam» para manifestar públicamente sus sentimientos de gratitud a quien fue, durante más de 25 años, el alma de la Facultad y de la Clínica.

Llegado el momento de concretar el acto, surgió la necesidad de seleccionar aquellas facetas más sobresalientes de la vida de D. Eduardo para ser tratadas hoy aquí. Por razones de tiempo no podían ser muchas, y la rica personalidad de este gran universitario hizo difícil la elección.

D. Eduardo ha sido en primer lugar una figura dominante de la Medicina Interna en los últimos decenios, que ha vivido entregado totalmente a sus enfermos.

Una segunda pasión de D. Eduardo fue la Universidad, a la que amaba con un amor que no se limitaba a la Universidad de Navarra, se extendía a la Universidad como institución.

Pero, por encima de su condición de médico y de su carácter universitario, D. Eduardo fue para todos un amigo. Era un hombre excepcionalmente dotado para la amistad. Desde el primer contacto, el que le conocía se quedaba gratamente sorprendido por su gran afabilidad. Poseía un gran corazón, capaz de encenderse y hacer vibrar con empresas grandes y nobles.

Así quedaron perfiladas las tres facetas que nos parecieron más relevantes: el médico, el universitario; el amigo.

El médico

Me ha correspondido hablaros de D. Eduardo como médico, lo cual es para mí, a la vez, un honor y una carga. Es un honor por la oportunidad que se me ofrece de traer a nuestra consideración algunos aspectos de su vida profesional que nos ayuden a grabar más profundamente en nuestra mente las virtudes de este maestro de la Medicina. Su ejemplo ha de tirar siempre de nosotros, y llevarnos a

una mayor entrega, a una mejor realización de nuestro trabajo profesional. Es a la vez una carga, porque me siento incapaz de hacer un relato caluroso y coherente, que haga justicia a este gran médico. Espero que sepáis compensar mis deficiencias con vuestros recuerdos personales, que en muchos de vosotros serán más vivos, ricos y directos que los míos propios.

Durante los casi tres decenios pasados en la Universidad de Navarra, D. Eduardo guió el desarrollo de la práctica y de la enseñanza médicas, entregándose plenamente a la realización de la Facultad y de la Clínica, en cuya misión empeñó su vida. Cuando en 1958 se incorporó a esta Universidad, venía con un prestigio bien ganado en Granada, a donde llegaban gentes de toda Andalucía deseosas de consultar con él. No dudó en cambiar una brillante carrera universitaria y una posición económica desahogada, por lo que aquí se le ofrecía: «muchas ilusiones y escasos medios para levantar la Facultad de Medicina recién inaugurada».

Vino con la ilusión de hacer algo nuevo que valiera la pena. Y desde entonces no dejó de trabajar, atendiendo a los pacientes, a las funciones de gobierno y a la actividad de obtener fondos para hacer la Clínica Universitaria y para la Universidad... Su jornada de trabajo era larguísima, y su calendario no sabía ni de vacaciones ni de días festivos. Me decía D. Juan Antonio Paniagua que, ya en 1959, fue puesto a su lado, no sólo para ayudarle sino para procurar que moderase su quehacer y tuviera el debido descanso. Todo fue inútil, D. Eduardo trabajaba no al ritmo de un horario sino al exigido por la incesante demanda de los pacientes, y el ayudante quedó agotado en su intento de seguirle, teniendo que ser relevado al cabo de algunos meses.

Una jornada de D. Eduardo en los primeros tiempos

Me pareció que podría ser interesante evocar una jornada de D. Eduardo en aquellos primeros tiempos, cuando disponía de unas instalaciones mínimas en la primera fase del actual edificio 1 de la Facultad, donde se cruzaban todas las actividades clínicas y docentes. Allí, junto a las aulas había un sencillo despacho, una sala de espera, un pequeño cuarto de rayos X y un laboratorio.

La jornada comenzaba a las siete y media en los Capuchinos, donde oía la Santa Misa y se reunía con su ayudante y la secretaria, para trasladarse los tres, en su coche, hasta la Facultad. Poco después de las ocho comenzaba el trabajo en su despacho. A las nueve les pasaban un frugal desayuno, que tomaban mientras se oía el murmullo de la llegada de los estudiantes y del resto del personal de la Facultad. El trabajo del despacho sólo se interrumpía para la clase de Patología y, más tarde, para un almuerzo ligero en el bar, que entonces contaba con el buen hacer culinario de Amalia, la que hoy es esposa de Antonio Muruzábal. Seguía trabajando, acompañado toda la tarde, hasta que a las ocho o las nueve se quedaba solo en su despacho, y entonces estudiaba hasta bien entrada la noche. Luego se iba a su casa, donde seguía habitualmente estudiando. Con frecuencia invitaba a cenar a algunos de sus ayudantes. Terminada la cena, se ponían a trabajar en la redacción de algún trabajo científico. Pero la extenuante jornada hacía presa en él: en ocasiones, se dormía sobre la mesa al filo de las primeras horas de la madrugada. Sus ayudantes, después de dejarle reponer fuerzas un rato, tosían discretamente. D. Eduardo se incorporaba preguntando ¿dónde estábamos?

Exigencia en el trabajo

De su dilatada jornada de trabajo algo saben también los enfermos que han pasado por sus manos en la Clínica Universitaria. ¡Cuántos testigos de sus visitas a media noche o en la madrugada! Decía alguna vez que «a las tres de la mañana se puede salvar una vida; quizás a las nueve sólo puedes certificar una defunción».

D. Eduardo era exigente también con sus colaboradores, a quienes enseñaba a estar en alerta observación ante el paciente. Cuando se trataba de atender a los enfermos, no hacía concesiones ni siquiera para una justa y bien ganada diversión.

El Dr. Lucas es testigo de ello. En aquel momento tenía el encargo de seguir a un enfermo que presentaba signos de hipopotasemia y requería la realización de un electrocardiograma diario. Vieron al paciente conjuntamente un sábado por la mañana. El Dr. Lucas tenía proyectos de ir el domingo a conocer San Sebastián. Le encargó a un colega la realización del electrocardiograma y él se fue a conocer la playa de la Concha. El domingo, D. Eduardo preguntó—¡cómo no!—, por el Dr. Lucas, y el lunes le hizo la correspondiente advertencia. Pasados los años, cuando por algún otro motivo D. Eduardo reprendía al Dr. Lucas y éste intentaba dar la oportuna explicación, D. Eduardo le decía: «Vd. se calla porque un domingo se fue a San Sebastián».

Esta fue una de las enseñanzas de D. Eduardo que mejor se le grabaron al Dr. Lucas, a quien por otra parte, le ha parecido bien que la contase aquí.

Lealtad al hombre, lealtad a la ciencia

Al contemplar la entrega de D. Eduardo, uno no puede menos que preguntarse ¿cuál era la razón que animaba aquella actividad desbordante? ¿Y de dónde sacaba fuerzas para ella? Hasta que se le presentó el carcinoma de intestino, poseía una fortaleza física única; pero esta explicación no basta. Creo que el secreto de su verdadera fuerza se encierra en estas palabras: amor al enfermo, a la persona que sufre. En D. Eduardo se había encarnado plenamente el pensamiento del médico cristiano que lleva a una actitud radicalmente distinta de la del médico de la antigüedad. El criterio del médico en la edad antigua era el de aliviar al enfermo mientras fuera curable. Luego se abstenía por respeto a la fatalidad de la naturaleza.

El pensamiento cristiano añade una nueva dimensión. El enfermo no es sólo naturaleza, es una persona con un alma inmortal, que participa con sus sufrimientos en el acto redentor de Cristo. «Esta consideración del enfermo exige que sea atendido más allá de lo que pide la mera restauración de una naturaleza alterada. Requiere el apoyo necesario para llegar a su destino eterno, a su plena realización. Tomando las palabras de un colega suyo, el Dr. Philip Tumuly, Profesor de Medicina de la Universidad de Johns Hopkins, podríamos decir de D. Eduardo que nadie como él tuvo la oportunidad de hablar al hombre, y a través de sus palabras guiarle, corregirle, curarle y darle consuelo hasta las mismas puertas de la eternidad.

Destacaba en D. Eduardo la capacidad de captar la total entrega del enfermo, al que escuchaba pacientemente, conquistando su confianza desde el primer momento. Esta entrega era una justa correspondencia a la suya; fruto de aquella mirada limpia y penetrante, acompañada del gesto de comprensión a cuanto le contaba el paciente. Cuando escuchaba o exploraba a un enfermo, lo hacía con tal atención, que para él no había asunto más importante en el mundo. Valoraba en su justa medida la información aportada por el paciente, con el pleno convencimiento de que «el enfermo siempre tiene razón». Esta fase, que repetía una y otra vez a sus discípulos, era una realidad vivida día a día, en enfermo tras enfermo.

En la elaboración del diagnóstico procedía con un método preciso: estudiaba la historia clínica detalladamente, realizaba la exploración adecuada y enfocaba el diagnóstico, en palabras de su discípulo el Prof. Bueno, «con sorprendente simplicidad y rapidez, por caminos que sus ayudantes ni siquiera habíamos atisbado». Utilizaba la moderna tecnología para resolver problemas diagnósticos, pero lo hacía con mesura, en lo justo, y sólo después de agotar la información extraída de una buena historia clínica y de una diligente y despierta exploración. En el tratamiento era parco en medicinas y pródigo en psicoterapia; y a la hora de prescribir, no olvidaba los consejos que pudieran venir bien también al alma. Así nos los recuerda aquel paciente de Zaragoza, cuya carta se publicó en el Diario de Navarra dos días después de la muerte de D. Eduardo, quien lo había visto en consulta 20 años antes. Decía aquel paciente: «me he confesado. Hacía 20 años que no lo hacía. La última vez, después de la visita al Doctor Eduardo Ortiz. Entre las medicinas que me recetó estaba la confesión;... y la hice».

He aquí un vivo ejemplo de su preocupación por el hombre como unidad de alma y cuerpo, que exige atención más allá de la mera restauración de la natura-leza alterada.

El consuelo de D. Eduardo se extendía también a los familiares, sobre todo cuando la vida del paciente se había extinguido. Los acompañaba de la forma más noble, más eficaz, los acompañaba con la oración. ¡Cuántas veces lo hemos visto rezando delante de un féretro en el velatorio de la Clínica! Y, en esos momentos difíciles, movido por su condición universitaria más profunda, sabía plantear a los parientes la conveniencia de que fueran generosos y permitieran la realización de la autopsia. En estas gestiones, D. Eduardo no conocía negativas. Los familiares, profundamente agradecidos por el cariño que aquel médico había derrochado con el enfermo, no sabían decir que no. E incluso, los más generosos, contagiados por su entrega, sentían el orgullo de que aquel cuerpo, ya sin vida, hiciese un último servicio a la humanidad.

Por mi condición de patólogo no puedo dejar de recordar en este momento, aunque sea de manera muy breve, su interés por la Anatomía Patológica, materializado en la puesta en marcha y desarrollo de las sesiones clínico-patológicas cerradas, en las que se ponía de manifiesto, junto con su agudeza y su amplio saber, su sentido común y su profunda humildad; en la potenciación de la biopsia clínica;

46

en la práctica de la autopsia. D. Eduardo consideraba a la autopsia como el mejor libro de texto para el estudiante, y el mejor medio de control de calidad de la Medicina que se hace en un Hospital. Estaba firmemente persuadido de que desde Morgagni hasta nuestros días, la autopsia no había perdido nada de su valor didáctico. En carta dirigida a los Profesores Agregados de la Clínica Universitaria el 18 de noviembre de 1982 les decía: «Sólo la realidad de las necropsias permite ser sencillos en los juicios».

Consecuente con su forma de pensar rectilínea y realista, cuando se supo ya gravemente enfermo expresó su voluntad de que en su día se le hiciera la autopsia. Deseaba que fuese su última lección de Patología. El día de su muerte, Laurita, su mujer, nos recordó esa voluntad de D. Eduardo, y nos vimos en el duro trance de tener que cumplir con lo que había sido su deseo.

Investigador de la Medicina

La Medicina Clínica es una tarea exigente. Más aún ejerciéndola tal como la ejerció D. Eduardo. También es tarea exigente la investigación. Ambas requieren un esfuerzo concertado y una seria dedicación.

¿Cuál era la actitud de D. Eduardo frente a esta exigencia? Es cierto que su entrega plena a la Clínica le dejaba muy poco tiempo para la programación de la investigación, pero su inquietud universitaria y, sobre todo, precisamente su pasión por el hombre que sufre, le llevó a encontrar siempre un tiempo, escaso desde luego, pero fecundo, que le permitió hacer valiosas aportaciones a la Ciencia Médica.

Sus temas de investigación surgían con frecuencia de problemas planteados en la Clínica. La observación de los enfermos fue para él inspiración constante para la investigación. Esta actitud se ha revelado muy eficaz, no sólo como inspiradora de la investigación, sino también en la docencia, donde produce los frutos más abundantes. Como señala Reiss, el espíritu de descubrimiento llevado del laboratorio a la cabecera del enfermo es la principal y probablemente única razón por la que la enseñanza en los hospitales universitarios que funcionan bien es muy superior a la de otros lugares. D. Eduardo, partícipe de esta forma de pensar, siempre luchó por mantener viva la investigación en el área de la Medicina Interna.

En Granada primero y en Pamplona después, puso en marcha el Centro de Investigaciones Médicas, coordinado con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el que se han formado buenos investigadores clínicos, y se han hecho avances científicos importantes. Consciente de que la principal inspiración para la investigación nace en la cabecera del enfermo, procuró rodearse de médicos-investigadores, que compartieran su actividad entre la Clínica y el Centro. Probablemente ésta es la razón por la cual la investigación biomédica, realizada en las Facultades de Medicina, a base de retales de tiempo incluidos entre las actividades clínica y docente, es tan fructífera y compite con la desarrollada en instituciones dedicadas exclusivamente a la investigación, en las que no se padece la aparente distracción de la asistencia a los pacientes y de la enseñanza, pero donde decae la motivación, y la inspiración es menos viva.

Mantuvo un interés universal por la investigación médica, que quedó plasmado en más de 150 publicaciones, en las que se aprecia una gran diversificación temática, que abarca casi toda la Clínica Médica. No obstante, cultivó de modo especial algunas áreas entre las que destaca la Endrocrinología.

Fue pionero en España en el estudio y seguimiento del bocio endémico, línea que inició en Granada, donde se encontró con la alta incidencia (21 por 1.000) de este padecimiento en la Alpujarra. De los 116 trabajos que se publicaron bajo su dirección en el decenio comprendido entre 1947 y 1957, veintitrés versaron sobre el bocio. Su cátedra pronto se convirtió en un centro internacionalmente reconocido en la patología tiroidea, en el que, al lado de D. Eduardo, se formaron investigadores de gran prestigio. Entre ellos el matrimonio Francisco Escobar y Gabriela Monreale quienes realizan hoy una investigación de vanguardia en el metabolismo de las hormonas tiroideas. La Profesora Monreale fue presidente del Club Internacional del Tiroides; y su marido, el Profesor Escobar, es el coordinador del primer estudio multicéntrico sobre epidemiología y profilaxis del bocio endémico en España, continuando en la línea de investigación en la que en su día le inició el Prof. Ortiz de Landázuri.

D. Eduardo mostró también gran interés por la fisiología del metabolismo calciofósforo y por el diagnóstico y tratamiento de las afecciones de las paratiroides.

La escasez de alimentos durante la Guerra Civil española y en el período de

48

post-guerra le permitió realizar estudios igualmente pioneros sobre el latirismo y la desnutrición.

Para no alargarme más, me limitaré a citar finalmente sus estudios sobre el metabolismo hidrosalino, inspirados en una línea de invesigación de su maestro, el Profesor Jiménez Díaz, y sobre la función renal, una de las áreas a las que mayor atención prestó en Pamplona.

Considero éste un buen momento para señalar un hecho nuevo que ayudará eficazmente a perpetuar la memoria de su constante e intensa entrega personal al ejercicio de la Medicina y a la Universidad. Como la prensa hizo público en su día, el Gobierno de Navarra, a propuesta de su Presidente, adoptó el acuerdo de crear la beca de investigación y profesionalización en Medicina «Eduardo Ortiz de Landázuri».

A la hora de su enfermedad

Mucho podría escribirse de D. Eduardo como médico y como investigador, pero también de D. Eduardo como enfermo. Cuando conoció la gravedad de su enfermedad aceptó rendidamente la voluntad de Dios y se puso con toda docilidad en las manos de los médicos, como tantos enfermos lo habían hecho antes con él. Era consciente de que el tratamiento agresivo que se le programó no iba a servir para gran cosa, dado lo avanzado de su enfermedad. No obstante, lo aceptó heróicamente, dándonos un hermoso ejemplo de obediencia. Vivió los últimos días muy alegre. En las visitas que le hice se le veía contento. En una de ellas, me dijo que le apenaba morirse por Laurita, por sus hijos, por la Universidad, por todo nosotros, pero que estaba tranquilo y con mucha paz. Rezaba muchas veces la jaculatoria: «Señor, auméntame la fe, auméntame la esperanza, auméntame el amor para que mi corazón se parezca más al tuyo», y me decía efectivamente que le ayudaba mucho.

Su legado a la Facultad

Al contemplar la vida de este médico ejemplar, cobran pleno sentido las palabras de su colega y amigo el Prof. Segovia de Arana: «Es obvio que la productividad del médico en un hospital, no se mide por el número de enfermos asistidos

(y D. Eduardo atendió a muchos millares), sino por la calidad que pone en la relación médico-enfermo..., por los discípulos que forma, por la investigación que promueve..., por el ejercicio permanente del estudio... y, en definitiva, por el inmenso respeto por la condición humana de los demás».

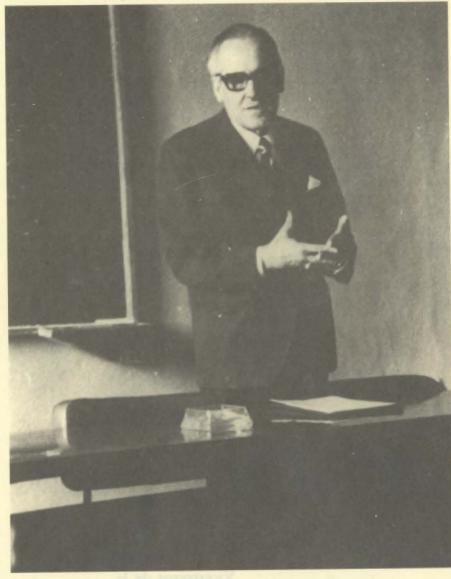
Todo esto fue realizado por D. Eduardo con plenitud hasta sus últimos días, en los que la enfermedad le atenazó. Pero también entonces siguió aprovechando el tiempo, preocupándose por cuantos le rodeaban y sacando el máximo partido de los sufrimientos que le proporcionaba su dolencia.

Para todos nosotros, cuantos trabajamos en la Facultad y en la Clínica Universitaria, ha sido una gran suerte encontrarnos con él. De él todos hemos aprendido lecciones de Medicina, de humildad y de humanidad. Y en estos momentos en que sentimos la orfandad apreciamos también la seguridad y la alegría de que la Facultad se asienta sobre un cimiento sólido, y brotan de nuestros corazones sentimientos de gratitud por esta gran herencia. También en el agradecimiento él nos dio un buen ejemplo: D. Eduardo era muy agradecido. Nunca olvidó sus raíces, y profesó una fiel y profunda gratitud a cuantos habían influido en su formación: reconocía su deuda impagable con el Fundador de la Universidad, con su actual Gran Canciller, con su maestro D. Carlos Jiménez Díaz...

Hoy nos reconocemos deudores nosotros, y a la vez nos sentimos estimulados a un trabajo intenso y alegre para que su ausencia física se note menos. El nos marcó el camino y nos enseñó el modo de recorrerlo.

«El universitario»

Dr. D. Francisco Ponz Vicerrector de la Universidad de Navarra.



D. Eduardo en el aula. Abril de 1973.

En este emotivo y entrañable acto académico en memoria de nuestro compañero de Claustro, el Profesor Eduardo Ortiz de Landázuri, me ha correspondido resaltar su figura como universitario. Acepté este honor, a sabiendas de que mis palabras quedarían en demasía pobres, pálidas, respecto de la realidad y respecto de la misma viveza de los recuerdos personales de los aquí presentes.

Hay sin duda muchas formas de servir a la Universidad, tan variadas como diferentes somos las personas, pero a todos resulta bien patente que D. Eduardo, con su personalidad vigorosa, su calidad humana y su gran talento, ha sido un universitario de cuerpo entero, modelo de universitarios, que invita a una más profunda y plena entrega a la Universidad. Desde joven apostó su vida a la carta de la Universidad, para hacer de ella meta humana final de su trabajo, ideal que compensa cualquier renuncia y sacrificio, motor que impulsa a una intensa actividad sin admitir cansancio. D. Eduardo amaba a la Universidad, no a ésta o a aquélla, sino a todas y a cada una de las Universidades, apasionadamente.

Vocación Universitaria

Con sencillez admirable contaba D. Eduardo cómo nació en él la vocación universitaria. De familia militar, circunstancias políticas a las que era ajeno le llevaron a emprender estudios universitarios en lugar de ingresar en la Academia de Artillería. Entre varias posibilidades, «casi por sorteo» y con sorpresa personal se decidió por la Facultad de Medicina. Pronto, sin embargo, cobró afición por la profesión médica —más, cuanto más estudiaba, que era mucho— hasta llegar a sentir por ella «una ilusión enorme». En los años de estudiante, ante el ejemplo de sus Profesores, sobre todo «al empezar a vivir por dentro el mundo de San Carlos» como alumno interno, surge también en él la llamada a la dedicación universitaria. Comprendió enseguida que una buena Medicina exige seguir el ritmo de los avances de la Ciencia, contribuir personalmente a esos avances, hacer de la experiencia adquirida generosa entrega para la formación de otros. Entre aquellos Profesores, recordados siempre por D. Eduardo con gran afecto, admiración y reconocimiento, destaca sin duda D. Carlos Jiménez Díaz como modelo de médico y universitario, al que había de considerar desde entonces su «Maestro en el verdadero sentido de la palabra y en el arte de la Clínica Médica». En ese ambiente, se despertó su interés —que en D. Eduardo pronto y con facilidad se convertía en entusiasmo—, no sólo por el aspecto médico de la carrera, sino también, dándole un nuevo sentido, por el universitario.

Al terminar sus estudios de Medicina en 1934, su vocación universitaria había ya tomado cuerpo definitivamente. Sólo para sobrevivir y sin abandonar el Hospital de San Carlos, hizo oposiciones y ejerció de médico en el Hospital del Rey. Y después de la guerra española, durante la que formó parte de un equipo quirúrgico por los frentes de Madrid, se reincorporó a San Carlos, de nuevo con el Prof. Jiménez Díaz, decidido a emplear todo su tiempo en formarse como internista y como universitario, porque la Universidad había pasado a ser su objetivo, ejercía ya sobre él una atracción irresistible.

En esa etapa en la Clínica Médica de D. Carlos, se forjó el modo universitario de entender la profesión médica que acompañó a D. Eduardo durante toda su vida. Fueron años vitales, de intenso trabajo, de crecer en conocimientos, criterio científico y perspicacia clínica; tiempo de iniciación en el profesorado universitario y de desarrollo de la investigación. Todo era ocasión para aprender, pensar, sugerir: ante el enfermo, en el estudio y en las clases, en las sesiones clínicas, en la discusión de los resultados obtenidos. Su extraordinario talento, su buen sentido, su agotadora capacidad de trabajo, su gran corazón, le hacen destacar pronto y ser muy apreciado por su Maestro y sus compañeros. Los trabajos de investigación, que empezó a publicar ya en su época de estudiante, su tesis doctoral, sus intervenciones en las clases y en las reuniones científicas, la madurez que adquiere en la práctica médica, confieren a D. Eduardo un sólido prestigio.

En 1946, a los 35 años, obtiene la Cátedra de Patología General de la Facultad de Medicina de Granada, desde la que pasará pronto a la de Patología y Clínica Médica de la misma Facultad. Inicia entonces su andadura de casi cuatro décadas como Catedrático de la Universidad, que recorrerá teniendo muy presentes las enseñanzas de D. Carlos, aunque con ritmo propio.

En sus doce años de Granada y en sus veintisiete de Pamplona, D. Eduardo fue un Profesor profundamente admirado y entrañablemente querido, ejemplo de Profesor y de médico, de hombre de Ciencia y de amigo que vuelca su corazón en el enfermo, en el estudiante y en el colega, expresión elocuente del verdadero Maestro, que ama con toda su alma a la Universidad, a la vez que es extraordinariamente humano.

El amor a la Universidad, el agudo sentido de las responsabilidades propias del universitario, estaban presentes en todos los aspectos del quehacer diario de

D. Eduardo, como exigencias personales siempre insatisfechas y como determinantes de sus decisiones, no pocas veces heroicas, que afectaban derechamente a su futuro personal y familiar. El ideal universitario daba unidad a todas sus actividades profesionales, como excelente Profesor, investigador clínico de primera línea y muy afamado médico.

Amor a la verdad

D. Eduardo sabía bien que el amor a la verdad, la búsqueda rigurosa del conocimiento verdadero, se encuentra en la médula del espíritu universitario. Como Profesor, debía ofrecer al estudiante una enseñanza cierta y actual, acorde con el progreso científico, por lo que se obligaba al estudio de tratados, monografías y revistas, sacando tiempo en medio de sus intensas jornadas de trabajo o restándolo, tantas veces en demasía, al sueño. Sus clases no eran, sin embargo, un frío decantado de los conocimientos dispersos en la bibliografía: subrayaba lo más seguro e importante, apuntaba interpretaciones incitantes para posibles investigaciones, y ofrecía siempre la viveza y el calor fruto de su rica experiencia profesional. Su tono de exigencia en los exámenes, libre de rigorismos o estridencias, buscaba el propio bien del alumno, se dirigía a educarle en la responsabilidad propia del médico que ha de ejercer con dignidad su profesión. Tremendamente exigente consigo mismo en el trabajo, se rebelaba ante la dejadez, la ligereza y la actitud irresponsable, que fustigaba no pocas veces duramente, aunque siempre con cariño, para formar a cuantos estaban a su alrededor en el empeño por la tarea bien hecha y acabada.

Si se sentía impulsado a seguir al día los avances de la Medicina, y animaba en el mismo sentido a los demás, no era por la mera satisfacción de conocer, sino por el anhelo de servir mejor a los enfermos y a los alumnos, y éste era también el principal motivo de su dedicación a la investigación. La tensión que se genera ante una difícil situación que se quiere resolver bien, sin saber cómo, máxime cuando está en juego una vida, conlleva una urgente declaración de guerra a la ignorancia y a la insuficiencia de medios, y empuja, de forma decidida y vigorosa, al estudio y a la investigación, sin posible desmayo.

Como buen universitario, el Prof. Ortiz de Landázuri se ocupó con ahínco de la vertiente investigadora de su vocación a la Universidad. Se inició en ella ya

en sus años de estudiante y no la abandonó hasta su enfermedad y muerte. El tiempo en que trabajó en la Clínica Médica de D. Carlos Jiménez Díaz, fue para D. Eduardo también en este aspecto decisivo: allí nació y creció su afán irrefrenable de investigar la enfermedad, de fundamentar en bases más sólidas el diagnóstico y el tratamiento del enfermo. No le movía a la dedicación al trabajo científico el logro apresurado de un brillante curriculum, instrumento imprescindible para el triunfo en oposiciones a cátedra, o tarjeta de crédito ante los colegas: le aguijoneaba la responsabilidad de contribuir al progreso humano, con toda su capacidad personal, en el campo de su especialidad. No será, por esto, una ocupación pasajera, ni un medio de autocomplacencia o de atracción del aplauso de las gentes, sino que la investigación pasó a ser en él un constituyente esencial de su actividad profesional, algo connatural e imprescindible en su modo de entender la Medicina y la Universidad.

D. Eduardo investigaba en todo momento: con el estudio, en las clases, ante el enfermo, al seguir la evolución de un proceso patológico, al ensayar un tratamiento, al emprender y desarrollar un trabajo experimental. En cuanto llegó a Granada, se formó junto a él un número de discípulos valiosos que, contagiados de su entusiasmo científico, desplegaron en el Centro de Investigaciones Metabólicas y Endocrinológicas (CSIC) una espléndida ejecutoria, y que siguen siendo hoy investigadores de vanguardia.

Comenzar de nuevo

Luego, en 1958, su amor a la Universidad le impulsó a sumarse a la gran empresa que había surgido aquí en Navarra, para hacer realidad un concepto cristiano, libre y responsable, de la institución universitaria. Llegó a la Universidad de Navarra a la hora de desarrollar los cursos clínicos de la Facultad de Medicina, y tuvo que volver a empezar. Venía para contribuir a hacer una Facultad según las ideas y huellas de D. Carlos, coincidente con el propio espíritu fundacional de la Universidad, que reclamaba un nivel exigente en la enseñanza y en la investigación, al servicio de una Medicina personalizada y de verdadera calidad. Grande era el desafío y a él se enfrentó D. Eduardo con fe inquebrantable, con decisión sin fisuras, poniendo en juego todas sus experiencias, saberes y energías, todo su entusiasmo e ímpetu emprendedor, su tenacidad a toda prueba, su gran corazón,

su arrolladora personalidad.

Batalló incansable, cargado de razones y generosidad, para disponer de camas en el Hospital de Navarra. Y al propio tiempo, reunió el imprescindible y modesto equipamiento para continuar la investigación. Fueron años muy duros, que no entibiaron el celo universitario de D. Eduardo, sino que lo fortalecieron. Enseguida, se rodeó como en Granada de colaboradores, en los que sembró en abundancia, con su palabra y con su ejemplo, el amor a la Universidad y al trabajo científico: eran especialistas en Medicina Interna y otros campos afines que llegaron a constituir el Departamento de Investigaciones Médicas, en el que desarrollaron bajo su dirección una brillante y prestigiosa labor que hoy continúan en la propia Facultad o en otros diversos centros de trabajo.

No se limitó D. Eduardo a impulsar la investigación de sus colaboradores más directos, sino que a todos animaba para que no descuidasen este importante aspecto del oficio del Profesor universitario, insistiendo en que se trabajase bien y con rigor científico, en la publicación de los resultados obtenidos, y en su discusión en los Congresos.

Muchos podrán recordar los cariñosos aunque enérgicos reproches de D. Eduardo cuando le parecía advertir algún menor interés hacia las tareas científicas de la Universidad. Y sus múltiples sugerencias en las más diversas oportunidades sobre cuestiones que podían o debían ser investigadas. Era también admirable observar el interés y atención con que preguntaba y seguía las explicaciones de personas que cultivaban otras parcelas científicas, aunque fueran distantes de la suya. En todo descubría elementos valiosos e ideas aprovechables y aportaba posibles aplicaciones no advertidas incluso por quien realizaba el trabajo.

Era enteramente razonable y de toda justicia que la espléndida y limpia ejecutoria de D. Eduardo, como hombre de Ciencia, fuese reconocida públicamente con las distinciones y galardones recibidos y con los relevantes puestos que alcanzó en diversas sociedades científicas que por figurar en su curriculum no es preciso enumerar.

El temple universitario de D. Eduardo no se podía restringir al ámbito de su actividad docente e investigadora. Como universitario médico, toda la relación con

el enfermo estaba empapada de su hondo afán de hacer Universidad. D. Eduardo ejercía su profesión de médico, poniendo toda su capacidad científica, su gran corazón y su propia vida al servicio del paciente; se ocupaba de curar, de levantar el ánimo y de enderezar la mirada hacia Dios para que se pudiera comprender mejor el dolor y la enfermedad, el sentido de la vida y el sentido de la muerte. Y, al propio tiempo, no perdía oportunidad de que el enfermo fuera para estudiantes y discípulos fuente de enseñanza y estímulo para la investigación.

Un aspecto de la actividad clínica de D. Eduardo es preciso subrayar por mi parte: su firme voluntad de que estuviera plenamente al servicio de la Universidad. En sus años en Granada, donde compartía la atención a los enfermos en el Hospital Clínico con la consulta privada, evitaba que esta última restringiera lo más mínimo su dedicación al trabajo universitario. Y si le reclamaban desde localidades distantes, solía salir hacia las diez de la noche, para regresar a veces después de «viajes terribles» poco antes del alba.

Al venir a Pamplona renunció a disponer de una consulta privada al margen de la Universidad, para entregarse totalmente a ella. ¡Cuántos días festivos tomaba como excursión y descanso el acudir a atender enfermos en lugares alejados, para no restar un minuto a la Facultad o a los pacientes que atendía en aquel principio de Hospital Clínico que era el Pabellón F del Hospital de Navarra! Cuando circunstancias diversas, que no son del caso, hicieron necesario iniciar la Clínica Universitaria, D. Eduardo se reafirmó en su importante decisión, que resulta muy expresiva y congruente con su idea de la Universidad, de encauzar hacia la Clínica a cualquier paciente que solicitase sus cuidados médicos. Esta decisión, que implicaba quemar las naves para dedicarse por entero y generosamente a la Universidad, se convirtió enseguida en criterio de dedicación exclusiva, adoptado con carácter general por el profesorado de la Facultad de Medicina. Se hizo así desde entonces realidad en la Clínica Universitaria algo a mi entender insólito: que todos los enfermos, sean privados, de la Seguridad Social o de beneficencia, sin distinción de origen económico o social, sean atendidos con igual esmero científico y humano, dentro del mismo horario y en los mismos ambientes y locales; y que todos ellos contribuyan a la formación de futuros médicos y especialistas y al progreso de las Ciencias Médicas. No cabe duda de que este modo universitario y cristiano de entender el ejercicio de la Medicina, plenamente acorde con los ideales propugnados por D. Eduardo, ha sido una de las principales causas de admiración de cuantos conocen la Clínica y de que se le pueda llamar, con toda propiedad y ejemplarmente, universitaria.

Su sentido cívico y cristiano

Amor apasionado a la enseñanza y a la investigación, ejercicio de la Medicina plenamente al servicio de las funciones de la Universidad, formación de numerosos discípulos contagiados de su entusiasmo, bastan para acreditar hasta qué punto D. Eduardo era universitario. No obstante, debo aún referirme a otras formas generosas de su servicio a la Universidad.

Si las funciones de gobierno han de ser siempre servicio, para el Prof. Ortiz de Landázuri resultaban cargas aceptadas con mucho sacrificio personal, porque aquello en lo que más se gozaba, que demandaba su tiempo hasta el agotamiento físico, eran los enfermos, los estudiantes, el trabajo científico, la formación de sus colaboradores. A pesar de eso, no rehuyó jamás, cuando se le pedían, esas otras tareas de administración universitaria que le iban a suponer aún más abnegación e intensisad en su trabajo. Sin ambicionar los cargos ni complacerse en ellos, los aceptaba con completa disponibilidad porque quería servir a la Universidad donde y como hiciese falta. En esta disponibilidad pueden buscarse resonancias del origen militar de su familia, pero lo que sobre todo había era mucho sentido cívico y cristiano del deber y la responsabilidad. Y así, sin procurarlo, fue ocho años (1950-58) Decano de la Facultad de Granada, unos meses (1958) Vicerrector en aquella Universidad hasta que se trasladó a Pamplona; luego, ya en la Universidad de Navarra, Decano de Medicina (1962-66), Vicerrector (1966-69) y de nuevo Decano (1969-78). Y por si esto hubiera sido poco, al fallecer el Marqués de Lozoya, aceptó sustituirle como Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad (1978-1985), hasta el final de sus días.

Asumía estas funciones de gobierno universitario, sin abandonar las otras, sacando tiempo para todo como podía, a base de negárselo a sí mismo. El prensado de la uva en el lagar es una imagen bien pobre de su entrega.

Muchos hemos sido testigos de esta importante faceta del amor de D. Eduardo a la Universidad. Con la agudeza del clínico avezado, diagnosticaba la situación y señalaba el tratamiento. Planteaba sus propuestas con firmeza, pero con doci-

lidad; a veces, también con insistencia; y en cuanto se le daba vía libre, se lanzaba seguro a ejecutar la iniciativa, con espíritu combativo y arrollador, yendo siempre por delante en la gestión. Y la justicia y nobleza de sus razones, el vigor de su querer y la grandeza de su corazón generoso, superaban todo inconveniente.

Entre las muchas muestras del impulso de D. Eduardo en esta Universidad, no se puede dejar de mencionar su empeño, en el que se comprometió en cuerpo y alma, para que la Facultad de Medicina y la Clínica Universitaria se llegaran a alinear entre las mejores de España y del mundo. Grandes eran las dificultades para lograr este magnánimo proyecto de servicio, porque cuando él llegó, sólo se contaba con un reducido e insuficiente edificio docente. Iba a ser preciso disponer de Hospital, sin saber cómo se obtendrían los recursos económicos necesarios. Había que encontrar además a los Profesores capaces de sumarse a los ideales de trabajo y servicio que animaban a la Universidad. Pero él conocía todo eso, cuando con abandono de otras posibilidades más cómodas y ventajosas, aceptó la invitación del entonces Decano, Prof. Jiménez Vargas. Con la colaboración de otros universitarios, se enfrentó con mucha fe en Dios y con la valentía de quien por nada se arredra, a la ardua empresa de secundar los deseos del Fundador de la Universidad para sacar adelante la Facultad.

Persuadido de que no buscaba ningún fin o provecho personal, seguro de la bondad del proyecto, luchó toda su vida con optimismo, con resistencia y tenacidad de roca, y también con humilde paciencia. Cada paso adelante hacia la meta, dejó tras de sí una larga historia de gestiones, con no pocos desaires, incomprensiones y esperas, hasta que llegaba la solución. Nada resultaba fácil, pero siempre estuvo abierto a la esperanza, apoyado en la nobleza y generosidad del servicio que se pretendía y en su oración incesante y confiada.

Tenía D. Eduardo bien grabada la frase del salmista que el Fundador del Opus Dei recordaba con frecuencia: «las aguas pasarán a través de los montes». Y con la ayuda de Dios, con el esfuerzo y colaboración de muchas gentes de buena voluntad, se abrieron los montes y pasaron las aguas. La Facultad creció y adquirió un excelente nivel académico en sus enseñanzas e investigación. La Clínica Universitaria, iniciada con 30 camas (1961), pudo pasar a tener luego 200 (1967) y más tarde 500 (1975) para ampliarse por último con el Centro Oncológico (1984), y en todo este tiempo ganó muy sólido prestigio por la calidad de la Medicina

que se practica, el tono humano y el esmero de la atención personalizada que se presta al enfermo, la preparación y responsabilidad que acredita a quienes en ella se forman, la seriedad de la tarea científica que se desarrolla. Bien lo resumía D. Eduardo: «La Clínica es en sí una Clínica Universitaria (...). Se asienta en dos grandes pilares: el espíritu de amor al prójimo y la proyección universitaria».

D. Eduardo y la Asociación de Amigos de la Universidad

No se puede dejar en el olvido otra importante manifestación del espíritu universitario que tenía D. Eduardo: su actuación en la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra desde sus mismos orígenes. Como miembro de la Junta Directiva o de Gobierno, como Presidente de la Asociación en los siete últimos años de su vida, D. Eduardo fue ejemplar en decisión, empuje y generosidad a la hora de establecer ese «puente entre la Universidad y la sociedad», de promover por todas partes el apoyo social a la Universidad, de despertar la sensibilidad de muchos ante sus responsabilidades en el ámbito de la educación superior, para que fueran, en palabras del Fundador, «claro testimonio de una recta conciencia ciudadana, preocupada por el bien común temporal». Con su entrega también a esta tarea, en ocasiones ingrata y enojosa, hacía siempre abundante número de amigos y demostraba, una vez más, su amor con obras a la Universidad.

* * *

Con estas consideraciones, trazos burdos con que esbozar una semblanza, querría haber removido tantos recuerdos personales que avalan más que mis palabras, la afirmación de que D. Eduardo Ortiz de Landázuri ha sido una gran figura de la Universidad española, un universitario excepcional. Dio por la Universidad cuanto tenía y a ella se entregó a sí mismo, porque vivía para los enfermos y para la Universidad. Al ideal universitario sacrificó muchos legítimos intereses, económicos, personales y también familiares, con la cooperación, justo es decirlo, de su esposa, Laurita, que no sólo comprendía sino que se identificaba con los limpios afanes de su marido.

Alguno podrá preguntarse cómo se pudo dar tanta generosa abnegación en el servicio a la Universidad. No temo equivocarme al decir que, en lo humano, ese amor entregado procedía de su responsable y firme voluntad de hacer el bien

y de su intima persuasión de que la mejor contribución suya a los hombres debía hacerse con su profesión de médico y de universitario. Pero son fáciles de encon-

trar otras más altas razones. Hombre de fe, D. Eduardo había descubierto, muy especialmente desde que conoció el espíritu del Opus Dei, la dimensión sobrenatural de su trabajo, y entendió enseguida que Dios le quería entregado a esa tarea de humano servicio a la Universidad que había de ser también divino. En esa tarea debía vivir en plenitud como cristiano y hacerse santo, había de encontrar y amar a Dios en sus enfermos, estudiantes, discípulos, colegas, en todas las personas que se cruzaran en su trabajo. D. Eduardo había aprendido bien aquella enseñanza del Fundador del Opus Dei y de la Universidad: «en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir». Y está muy claro que D. Eduardo lo supo descubrir en todas sus tareas de servicio a la Universidad.

Hace muchos años, D. Carlos Jiménez Díaz preguntó a D. Eduardo que si tuviera que escoger entre ganar el Premio Nobel o alcanzar la santidad, qué preferiría. La contestación fue que esa disyuntiva no podía plantearse: «si yo me tengo que santificar en mi profesión —le dijo— tengo que intentar por todos los medios llegar a ser Premio Nobel».

La respuesta es bien aleccionadora: Era aplicable a su caso, como a la de la gran mayoría de los hombres, lo que dijera Mons. Escrivá de Balaguer: «la vocación humana —la vocación profesional, familiar y social— no se opone a la vocación sobrenatural: antes al contrario, forma parte integrante de la vocación divina». Y de ahí sacaba D. Eduardo todas sus fuerzas: al amar y dar su vida por la Universidad y por los enfermos, amaba y se entregaba a Dios.

Hace poco más de un año, nuestro Gran Canciller, Mons. Alvaro del Portillo, escribía a D. Eduardo refiriéndose al homenaje que entonces se le tributaba: «allí brillarán el sentido sobrenatural, la alegría y el buen humor que han presidido y caracterizado tu vida y tu tarea, con las que has dado un esforzado y continuo

impulso a todo el quehacer universitario». Pienso que en el acto que celebramos ahora en su memoria brilla también ese espíritu.

En aquel homenaje, D. Eduardo decía que se contentaría con que al final de su vida se pudiera decir de él: «éste fue un universitario». En pocos casos como en el de D. Eduardo Ortiz de Landázuri será tan justo decir que ha sido excepcional ejemplo de universitario y de cristiano.

abstracted place of the state o

promission prosprint de Joan Argan de Lite 1937 de habes muchimmen como, sieun 1942 habes ar lasbio que habiar de alg por aco el amigla de mucha genne. Pos 1941 la curreda sociadad granaciona, co

«El amigo»

Dr. D. Fernando Reinoso Catedrático de Anatomía de la Universidad Autónoma de Madrid.

Quiero, en primer lugar, dar las gracias a la Universidad de Navarra por haberme invitado a participar en este Acto Académico en memoria del Profesor Ortiz de Landázuri. D. Eduardo fue mi maestro en la medicina clínica, él me enseñó casi todo lo que vo supe como «médico». Junto con el Profesor Escolar, fue uno de mis dos grandes maestros universitarios: me hizo comprender muchas cosas sobre la Universidad y me mostró cómo debe ser la entrega de un universitario auténtico, lección muy difícil de aprender si no se ve vivida en otro. Pero D. Eduardo fue sobre todo «mi amigo» y como tal, en los casi 40 años que lo traté, me enseñó con la práctica diaria ¡qué era la amistad! Si la amistad es un «afecto personal puro y desinteresado», pues bien, ese concepto me lo hizo comprender D. Eduardo desde los primeros momentos en que nos conocimos allá por el otoño de 1946; cuando él, joven Catedrático de Patología General, se incorporó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada. Yo entonces era estudiante de tercer curso y comenzaba a estudiar la Patología General. Su calidad científica y humana, su dedicación, entrega y entusiasmo hizo que un grupo de alumnos destacados del curso se acercasen a él. Pronto surgió una profunda amistad, el afecto se hizo recíproco y fue indudablemente fortaleciéndose con el trato. Trato que fue estrecho, ya que confió en nosotros y nos dio responsabilidades superiores a nuestras teóricas capacidades. Por ello debió dedicarnos muchas horas en un intenso y apretado programa diario de trabajo. De madrugada, estudiando en la biblioteca de su casa algún caso clínico concreto... o poniendo al día un tema de interés y actualidad. En la visita y discusión diaria junto a las camas de los enfermos, en las que teníamos una responsabilidad directa. En aquellas visitas, dos o tres veces en la noche, al enfermo grave en las heladas Salas de Santa Rita y San Rafael del granadino hospital de San Juan de Dios. Así llegó a ser nuestro mejor amigo. A pesar de haber muchísimas cosas, siempre encontraba tiempo, a veces a horas insospechadas, si había que hablar de algo de interés. Pero no era sólo nuestro amigo, era el amigo de mucha gente. Pocas personas (no de Granada) ha calado tanto en la cerrada sociedad granadina como lo hizo el Profesor Ortiz de Landázuri, y eso que tenía tiempo sólo para trabajar. Pero siempre, cuando otro lo necesitaba, era generoso de ese tiempo que no tenía. Y además de para sus alumnos y colaboradores, él tuvo tiempo muy especialmente para sus enfermos..., para sus enfermos de San Juan de Dios y San Lázaro y luego del Hospital Clínico de San Cecilio de Granada, del pabellón F y de la Clínica Universitaria de Pamplona.

Estuvo doce años en Granada. Se trasladó a Pamplona en 1958. Recuerdo con ocasión de una posterior estancia suya en Granada en el año 1975, en la celebra-

ción de las bodas de plata de mi promoción, cómo seguía siendo abordado en la calle por sus amigos, aquellos enfermos que había atendido muchos años antes.

No es extraño que sucediera así, pues no sólo atendía y dedicaba tiempo a sus enfermos, sino que se daba por entero a ellos. En tiempos en los que el Hospital de San Juan de Dios no podía pagar ciertas medicinas como la Penicilina, él las pagaba de su bolsillo. ¡Tantos casos vienen a mi memoria! Aunque hizo siempre estas cosas sin que los interesados lo percibieran, su dedicación, entrega y afecto conseguían la amistad de todos aquellos corazones sencillos. Yo he podido comprobar muchos años después cómo numerosas personas de Granada, de los más diferentes estamentos sociales, lo seguían considerando como su amigo, su buen amigo, viviendo como propias sus vicisitudes y alegrándose sinceramente con todo lo bueno que le sucedía.

Entrega a los demás

Si el trato fortalece la amistad, puedo decir que mi amistad con D. Eduardo aumentó durante mis años en Pamplona. ¡Pudimos vivir tantas inquietudes, alegrías y realizaciones juntos! Pude comprobar tantas veces su generosidad, entrega, eficacia y sentido común. Todo integrado, pero destacando la entrega, a manera de un espíritu de servicio sublimado. A veces costaba trabajo creer, sobre todo a los más «avispados», que pudiese existir, de verdad, en este «pícaro mundo», una persona a la que le lleve su amistad a actuar de esta forma, con total sinceridad. Naturalmente, hasta que los hechos se imponían de manera irrefutable. Quién puede convencer de que D. Eduardo no es su amigo, y muy buen amigo, a aquél jovencísimo profesor universitario que al volver de comer encuentra en el camino a D. Eduardo que va a su casa a almorzar, tarde, ya a deshora (¡cuánto sabe Laurita de ésto! Seguramente no recuerdas cuando un día en Granada en Julio de 1950, llegué a tu casa a las 2 de la tarde, pues me había invitado D. Eduardo a comer, ya que durante esa comida hablaríamos de mi vocación profesional futura, tema que, como tantos otros, quería consultar con él antes de tomar una decisión. Después de esperar un rato siguiendo tu consejo, me fuí al Hospital de San Juan de Dios a recogerlo y llegamos finalmente a almorzar a las 5 y media de la tarde), se encuentra con el joven profesor y algo ve en su cara, la amistad verdadera muchas veces adivina, y le pregunta qué es lo que le preocupa. El le contesta que vuelve muy preocupado porque no ha dejado muy bien a su mujer. D. Eduardo

insiste en ir en ese momento a ver a la esposa del joven profesor y ambos se dirigen a la casa de éste. La explora, y en una relajada conversación tranquiliza al matrimonio. Desde allí vuelve a la Facultad, pues tiene enfermos citados. Otra vez más que Laurita se queda con la comida colgada. Pero tanto D. Eduardo como Laurita han sido siempre felices, pues con su entrega han hecho felices a otros muchos, que indudablemente son sus amigos.

La amistad verdadera y profunda tampoco se resiente por la distancia. De muchas maneras me demostró su amistad en estos 16 años que llevo viviendo en Madrid. He tenido siempre la sensación de que me cuidaba desde lejos. En todos los acontecimientos un poco significativos de mi vida, he recibido de él la felicitación, la palabra de cariño o de consuelo más necesaria y oportuna para mí en ese momento. Tengo que confesar que muchas veces he pensado que hacía siempre aquello que hubiese hecho mi padre (también entusiasta amigo del Profesor Ortiz de Landázuri) si hubiese vivido. A veces no he podido comprender cómo se había enterado de ese pequeño éxito que tomaba como suyo. Como le escribía en una carta de hace unos meses, mi última carta antes de su muerte, estoy seguro de que yo y los míos siempre contábamos con su cariño y amistad.

Y mi caso, como he dicho antes, no era un caso excepcional ¡Cuánta gente tiene mi misma experiencia! Haber tenido un amigo que lo daba todo y nunca pedía nada a cambio para él. Cuya actitud fue siempre de servicio, servicio no a tu gusto del momento, sino a tu Bien con mayúscula. Por eso, en ninguna ocasión tuvo el problema que plantea Cicerón en el capítulo X de «Los Oficios» en el que concluye: «a todo se ha de preferir la amistad, excepto a la justicia». Ya que la amistad de D. Eduardo llevaba siempre implícita la justicia..., pues una amistad como la suya sólo podía tener como base el Amor. Ese amor, recio, sacrificado, generoso... ese querer, querer ordenado a Dios y asentado en El, de que habla el Fundador del Opus Dei y primer Gran Canciller de esta Universidad.

Efectivamente, pensando exclusivamente en lo humano era un amigo leal, sincero, generoso, con espíritu de servicio, practicaba en definitiva la «amicitia» en el
sentido expresado por Santo Tomás. Pero además D. Eduardo es Amigo de Dios
y todas sus muchas virtudes humanas las ha impregnado de esa Amistad.

Es una de las personas en las que yo he visto «materializarse» la Gracia de forma más evidente. Por eso su amistad podía ser tan efectiva, universal y natural: Amaba como Jesús le «había amado» y hacía lo que El le «había mandado».

De ahí que si se estudian con profundidad «sus obras» no es difícil afirmar que en cualquier medida humana D. Eduardo era un gran médico, era un gran universitario, es un amigo entrañable... pero era aún mejor universitario, mejor médico y es mejor amigo porque ha querido todas estas cosas con el mismo corazón con el que quiere a Dios.

Discurso del Excmo. Sr. D. Alfonso Nieto Rector Magnífico de la Universidad de Navarra.

Con este acto académico la Universidad de Navarra escribe una bella página de su historia. Los siglos venideros conocerán que el día 13 de diciembre del año 1985, la Corporación Universitaria cumple el mandato de su Gran Canciller, y hace entrega de la primera Medalla de Oro de la Universidad de Navarra a Dña. Laura Busca, viuda de uno de nuestros más eximios claustrales: el Prof. Eduardo Ortiz de Landázuri.

Hemos escuchado a los Profesores Vázquez, Ponz y Reinoso, trazar de manera emotiva la semblanza de quien fue colega de claustro, médico insigne, universitario ejemplar, y amigo de cuantos tuvimos la dicha de conocerle.

Hace catorce meses —para el recuerdo parece que fue ayer—, esta misma Aula Magna fue testigo del homenaje que le tributó la Universidad. Hoy volvemos a reunirnos, tras la dolorosa separación que su muerte nos impuso, para hacer entrega de uno de los más preciados testimonios de reconocimiento y gratitud que esta Universidad otorga: una Medalla de Oro que pretende condensar la memoria perenne y la más profunda admiración.

Cuando el Prof. Ortiz de Landázuri recibía el 13 de octubre de 1984 aquel interminable aplauso, y ante la emoción de tener que responder a la muestra de afecto, recuerdo que en voz baja me dijo: Rector, no sé qué voy a deciros, no puedo leer los folios que traigo escritos; ¿qué hago? La respuesta, conociendo a D. Eduardo, era bien fácil: di cuanto te dicte el corazón. Y escuchamos sus palabras que rebosaban espíritu universitario, plenitud de inteligencia abierta a la generosidad. También pudimos entrever una serena despedida donde el «adiós» parecía significar «hasta pronto».

Al ponderar la gran tarea que realizó el Prof. Ortiz de Landázuri, destaca su constante espíritu de servicio, bien probado en ésta y en otras Universidades, sin regatear esfuerzos ni dar importancia a su importante quehacer. D. Eduardo hizo realidad con su vida, aquellas palabras que otro gran universitario —Fray Luis de León— escribió hace tres siglos: Siendo servicio de la Universidad, no tendré cuenta con mi trabajo.

En la carta que el Gran Canciller de la Universidad —Mons. Alvaro del Portillo—dirigió al Prof. Ortiz de Landázuri, con ocasión del homenaje a que antes me

refería, le mostraba agradecimiento por su dedicación a la tarea universitaria que nada ha hecho desfallecer. Ciertamente vivió la fortaleza del hombre magnánimo, sin poner límites a su afán de hacer el bien, sintiéndose atraído por cuanto suponía el preciado honor de servir.

Sin duda en el pensamiento de todos late la presencia aquí y ahora, de nuestro querido D. Eduardo. Con la mirada de la Fe, sentimos que nos sonríe desde la eterna bienaventuranza al ver nuestra emoción, y dirige su gratitud a quien fue, es y será, permanentemente fundamento de esta Universidad: a nuestro Fundador y Primer Gran Canciller. Así queda grabado en la Medalla de esta Universidad: a clarissimo et humanissimo viro servo dei Iosephmaria Escriva de Balaguer A. D. MCMLII condita.

Mas, por designio de la providencia, el Prof. Ortiz de Landázuri está también presente de modo íntimo y personal. ¿Acaso las manos que acaban de recibir la Medalla de Oro, no son inseparables de nuestro añorado Profesor? En Laurita y en sus hijos, vemos a D. Eduardo. Por eso, una vez más, les rendimos emocionado aplauso, y con la expresión sencilla, propia del agradecimiento sincero, les decimos: ¡Dios os lo pague!



Excma. Sra.:

Tengo el honor de comunicar a V.E. que el Excmo. Sr. Gran Canciller de la Universidad de Navarra ha tenido a bien conceder la Medalla de Oro de la Universidad al Excmo.Sr. D. Eduar do Ortiz de Landázuri y Fernández de Heredia (q.e.p.d.), a título póstumo.

Asimismo, tengo el honor de comunicar a V.E. que el Ple no de la Junta de Gobierno, en sesión celebrada el día de ayer, acordó elevar al Gran Canciller, Mons. Alvaro del Portillo, el profundo agradecimiento por la singular muestra de afecto que tan preciada concesión significa hacia la vida del Prof. Or tiz de Landázuri y a su plena y muy generosa dedicación a esta Universidad y a la Clínica Universitaria, a cuya historia y desarrollo tanto contribuyó, con prestación de elevados y valiosísimos servicios de imborrable recuerdo, como Vicerrector, como Decano y Profesor Ordinario de la Facultad de Medicina, y como Presidente de la Junta de Gobierno de la Asocia ción de Amigos.

Lo que me es muy grato trasladar a V.E.

Dios guarde a V.E. muchos años.

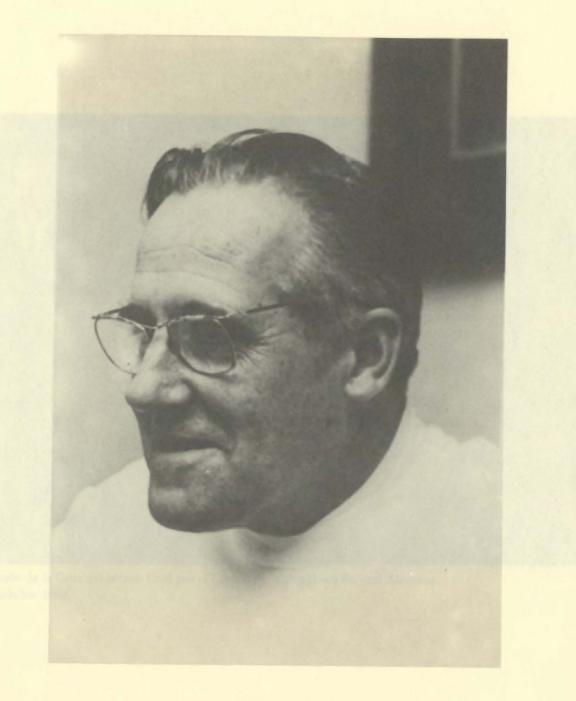
Pamplona, 28 de mayo de 1985.

EL SECRETARIO GENERAL

Jaime Nubiola

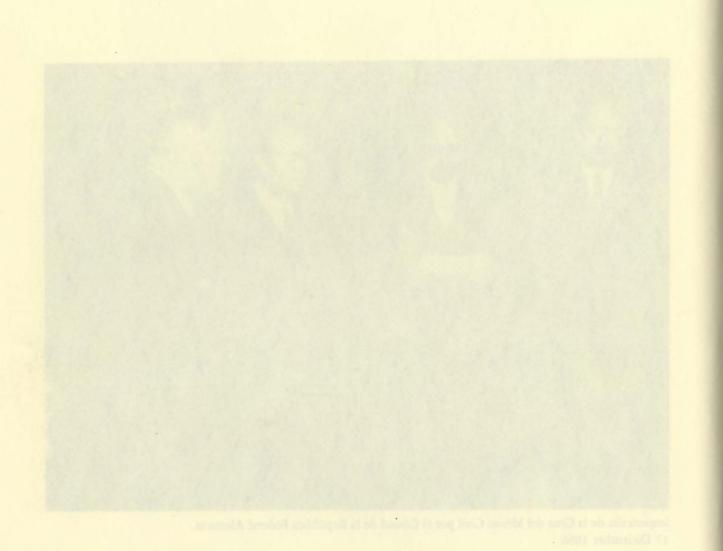
Excma. Sra. Dña. Laura Busca, Vda. de Ortiz de Landázuri

UNIVERSIDAD DE NAVARRA BIBLIOTECA DE HUMANIDADES





Imposición de la Cruz del Mérito Civil por el Cónsul de la República Federal Alemana. 17 Diciembre 1966.



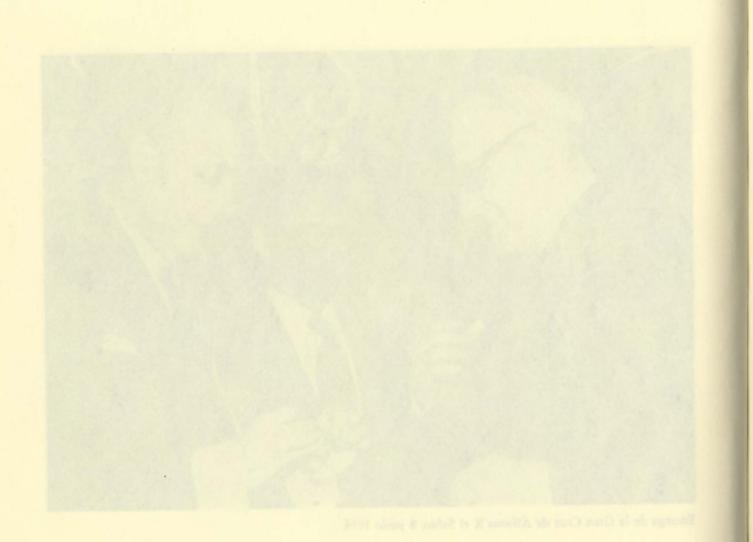


En la «Escuela Vieja», donde se iniciaron las enseñanzas clínicas. 1958.





Entrega de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. 8 junio 1974.





Entrega de Premios. XII Concurso Navideño. 23 diciembre 1983.





Fin de carrera de la XXIII Promoción de la Facultad de Medicina. 11 junio 1983.





Relevo en el Decanato. 10 noviembre 1978.



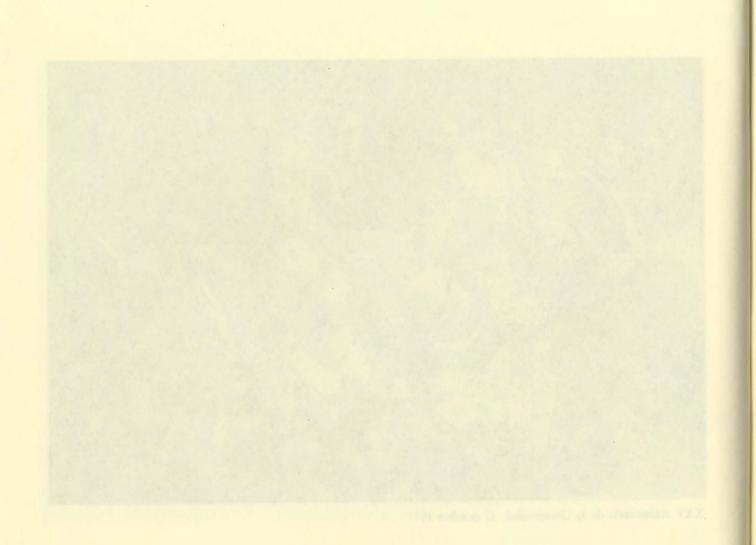


Concurso de Belenes, entrega de premios. Navidad 1977.





XXV Aniversario de la Universidad. 17 octubre 1977.



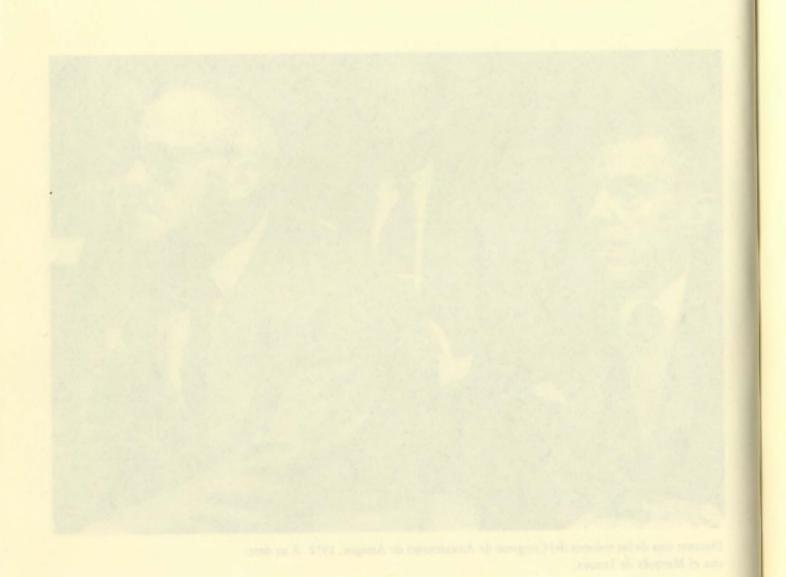


En el Acto de nombramiento de Doctores Honoris Causa . 9 de mayo 1974. D. Eduardo fue padrino de Jérôme H. Lejeune.





Durante una de las sesiones del Congreso de Asociaciones de Amigos, 1972. A su derecha el Marqués de Lozoya.



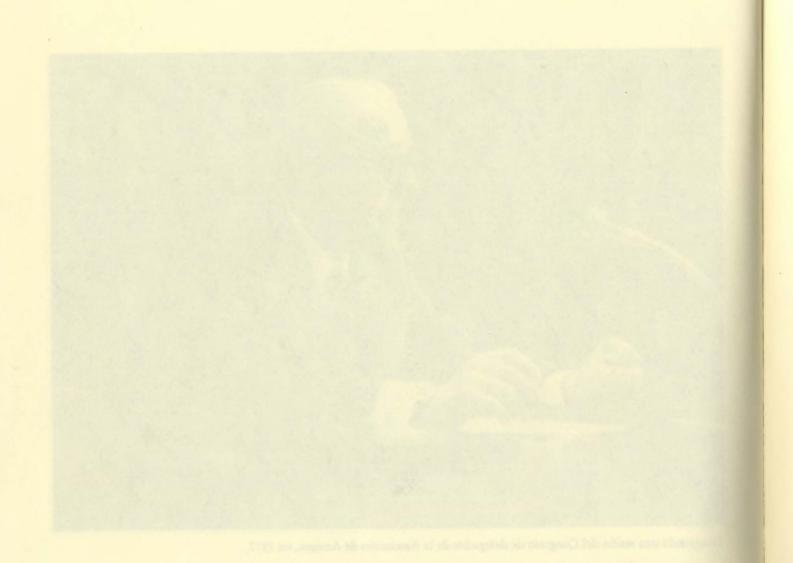


Entrada en el Aula del Rector y del Profesor Ortiz de Landázuri en el Acto Homenaje. Detrás, de izquierda a derecha: Su Alteza Real la Infanta Dña. Margarita; su esposo Dr. D. Carlos Zurita; y D. Federico Tajadura, Consejero de Sanidad del Gobierno de Navarra.





Dirigiendo una sesión del Congreso de delegados de la Asociación de Amigos, en 1977.





Presentación de la Tuna de la Facultad de Medicina. 9 junio 1971.

INDICE

	Pagin
Introducción	3
Acto Homenaje	5
Carta del Gran Canciller	7
Por sus discípulos	11
Por sus colaboradores	17
Por la Fundación Jiménez Díaz	23
Discurso del Rector	27
Palabras del Prof. Ortiz de Landázuri	31
Acto en Memoria	37
Introducción	39
El médico	41
El universitario	53
El amigo	67
Discurso del Rector	73
Oficio de concesión de la Medalla de Oro	77
mágenes de la vida de D. Eduardo	79